

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ha muerto una actriz

KEITH LUGER



Marcel Bloch abrió el gran ventanal y salió a la terraza.

Desde allí se contemplaba un maravilloso paisaje de Cannes.

Suspiró satisfecho. Era eso lo que necesitaba. Un descanso.

Había escrito aquel año cuarenta y tres novelas. Ni una más ni una menos. La última, recién terminada, dos días antes en París.

Mientras viajó hacia la Costa Azul tuvo la impresión de que le habían metido en una trituradora. Estaba hecho polvo. Había llegado al límite de sus fuerzas.

Publicada por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 129, en el año 1964.



Keith Luger

Ha muerto una actriz

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1341

ePub r1.0

Lds 13.09.18

Título original: *Ha muerto una actriz*

Keith Luger, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Marcel Bloch abrió el gran ventanal y salió a la terraza.

Desde allí se contemplaba un maravilloso paisaje de Cannes.

Suspiró satisfecho. Era eso lo que necesitaba. Un descanso.

Había escrito aquel año cuarenta y tres novelas. Ni una más ni una menos. La última, recién terminada, dos días antes en París.

Mientras viajó hacia la Costa Azul tuvo la impresión de que le habían metido en una trituradora. Estaba hecho polvo. Había llegado al límite de sus fuerzas.

Pero ya todo aquello había pasado. Ahora se encontraba frente al mar Mediterráneo, en el más maravilloso y más azul de sus trozos.

Alguien carraspeó a su espalda.

Era el mozo de cara granujienta que le había subido la maleta. Había dicho llamarse René.

—Señor Bloch, ¿puedo indicarle hacia dónde debe encaminar sus pasos cuando se haya puesto el taparrabos?

—No, hijo. Pienso dormir.

—Pero querrá que alguien le haga aire.

—Tengo dos manitas, René.

—Mi abuelo decía que hay ciertas cosas que se deben hacer a cuatro manos.

—¿Cuántos años tienes, René?

—Diecisiete, señor, y hablando de pelirrojas...

—No hemos hablado de pelirrojas.

—De rubias. Tenía que ver usted la del 127... Acostumbraba a tomar el baño entre unas escarpadas rocas, pero no piense buscar el sitio por usted mismo. No lo encontraría ni en años. Sin embargo, a cambio de cinco francos...

—Otro día, René.

—No me dirá que usted...

—No, René, no soy de éstos.

—Bueno, ahora que caigo, apuesto a que usted prefiere las morenas.

—Me gustan todas, René, morenas, rubias y pelirrojas, pero estoy hecho puré y necesito recuperar un poco las fuerzas.

—¿Sabe que un lord inglés de setenta años viene también aquí a eso? Y se pega cada recuperación con las muchachas... La última vez llegó con muletas y se marchó relinchando y pegando botes.

Marcel Bloch sacó dos francos del bolsillo y los puso en la mano de René.

—Gracias por tu ayuda, René. Cuando necesite un intermediario, te buscaré.

—Usted manda, señor —dijo el botones, y se marchó.

Cuando Marcel quedó a solas, encendió un cigarrillo y contempló otra vez el mar.

Sí, era único.

Su doctor le había aconsejado aquel viaje. En Caniles encontraría el remedio. Permanecería durante quince días allí. Sería un magnífico sedante. Y enseguida regresaría a París para hacer otras cuarenta y tres novelas.

Luego lo encerrarían en el manicomio y pasaría a la historia como el escritor más prolífico, que no estaba mal del todo.

En aquel momento sonó la campanilla del teléfono. Frunció el ceño. Sería René, el botones, para decirle que acababa de acordarse de una chica de piernas largas que se aburría mucho a solas.

Pero no era el botones, sino Michel Jauffret, su representante literario.

—Marcel, muchacho, lo has conseguido.

—¿Qué es lo que he conseguido?

—El Gran Premio de la Novela Sangrienta.

—¿Qué dices, Lucas? Yo no me he presentado a ningún premio...

—¿Para qué crees que está tu representante? Mandé dos novelas tuyas al concurso. *Corriendo como una lagartija* y *Si el cadáver tiene gusanos, mételo en el hoyo*. —¿Cuál ganó?

—*La lagartija*... Es tu éxito más extraordinario.

—¿Cuánto he ganado?

—Un franco.

—¿Cómo?

—Un franco.

—Eh, Lucas, acabo de dar dos francos al botones; es un consuelo saber que he ganado uno. Me retiro de hacer novelas para vivir de las rentas.

—¿De qué hablas, muchacho? Esto es lo que tú has estado deseando tanto tiempo: la independencia económica.

—Con un franco.

—No seas tonto, Marcel. ¿Sabes lo que significa el Gran Premio de la Novela Sangrienta? Nuestro editor Dupont ha ordenado que tiren cincuenta mil ejemplares de *La lagartija*... Y eso sólo es el comienzo. El año pasado, Van Laruy, que recibió el mismo premio por *Un plato de plomo con mucha pimienta*, llegó a los ciento cincuenta mil ejemplares. Tenemos un diez por ciento del precio fuerte.

—Como siempre, el que se pondrá las botas será el editor. ¿Por qué no consigues un poco más del diez?

—Ya conoces a Dupont, tiene muchos gastos...

—Oh, sí, tiene que pagar a cuatro secretarias.

—No seas tortuoso... Infiernos, deberías alegrarte.

—Estoy muy contento.

—Pues no se nota.

—Ja, ja, ja —dijo Marcel por el micro.

—Lo que a ti te pasa es que eres un desagradecido... Creí que ibas a saltar de alegría...

—En serio, Michel, estoy satisfecho, pero quiero que le des una noticia a nuestro editor. Dile de mi parte que en vista del éxito, el próximo año sólo haré ocho novelas.

—Bravo, me gusta que hagas ochenta... —Dije ocho.

—¿Es que quieres que tú y yo nos muramos de hambre? Hablando de otra cosa, muchacho... Tienes que estar aquí pasado mañana para recoger el premio.

—Recógelo tú.

—No puede ser. Has de asistir personalmente, Marcel.

—Renuncio.

—Muchacho, habrá un montón de periodistas, te sacarán

fotografías, saldrás en los periódicos... Recuérdalo, es la propaganda.

—Tienes unas cuantas fotos mías. Mándalas a los periódicos si quieren sacar mi retrato.

—No, Marcel. No me harás esto.

—Oye, vine aquí a descansar, ¿lo oyes? He soñado esto durante semanas, meses... Hice unas cuantas novelas extra para poder reunir el dinero que necesitaba para llegar a Cannes. ¡Ahora quiero que me dejen en paz! Y eso te incluye también a ti.

Marcel colgó bruscamente.

Quedóse un rato quieto mirando el auricular. Al diablo con las novelas, con Dupont y con Michel Jauffret que le chupaban la sangre como sanguijuelas. Ahora se quitaría la ropa, se pondría el bañador y se largaría a la playa. Eso es lo que había estado deseando durante las horas que pasó en el auto y ya había llegado el momento de ponerlo en práctica.

Se quitó la ropa hasta quedar en paños menores.

En ese momento se abrió la puerta.

Marcel se quedó de muestra viendo entrar a una joven de unos veintitrés años, muy hermosa y bonita. Tenía el cabello rubio, los ojos verdosos y la nariz un poco respingona. Se cubría con un vestido floreado provisto de tirantes. Su piel era bronceada.

Ella se detuvo y dijo:

—¿Soy inoportuna?

Marcel soltó una maldición para sus adentros. Naturalmente, se la había enviado René, a pesar de sus advertencias. Tiraría de una oreja al botones. Sin embargo, dijo:

—Oh, no, señorita... ¿Por qué iba a ser inoportuna? Estoy la mar de acostumbrado a recibir así a mis visitantes.

Ella dio una vuelta completa.

El escote de su espalda era ancho y largo. Marcel emitió un gruñido de asentimiento. La chica tenía una espalda de primera categoría.

—¿Qué tal? —dijo ella.

—De primera.

—Celebro que le guste.

Marcel se acercó a la cama y tomó un batín con el que se cubrió.

—Con su permiso —dijo.

—Usted puede hacer todo lo que quiera —repuso la joven, muy insinuante—. ¿Todo?

—Bueno —sonrió la rubia—, usted es un caballero.

—Oh, sí, desde luego lo soy. Mucho...

La rubia se acercó a él cruzando las piernas, imprimiendo a su cuerpo movimientos felinos.

Se detuvo ante Marcel, levantó la manita y le golpeó suavemente con el dedo en los labios.

—Qué cara de pillo tiene usted.

—¿De veras? No me había dado cuenta. —Marcel volvió la cabeza para mirarse en el espejo del tocador. Le habían dado aquella *suite* matrimonial a falta de otra habitación.

—Tiene usted un «no sé qué» que resulta muy atractivo —dijo la joven.

—Celebro que lo diga. El «no sé qué» es una de mis cosas que más éxitos me han proporcionado.

—Deme un beso.

—¿Qué?

—Que me de un beso.

—¿Así en frío?

—Acabo de mirar el termómetro y le aseguro que marca los 35... y estaba a la sombra.

—Bueno, si usted lo quiere...

—Claro que lo quiero.

Marcel enlazó a la joven por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Le gustó el sabor del beso y lo prolongó quince segundos más.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—¿Qué haces, Yvonne?

La joven se separó de Marcel, pero tardó en hablar, porque se había quedado sin aire.

Marcel vio en el hueco un hombre de unos treinta y cinco años, pelirrojo, rostro bien parecido. Se cubría con un traje deportivo.

El pelirrojo levantó un brazo y apuntó con el dedo a Bloch.

—Ése no es el productor de cine.

—¿Eh? —exclamó la joven.

—Te equivocaste de habitación, Yvonne... Te dije la 124, no la 134.

—Entonces, este hombre...

—No sé quién es. El nos lo dirá... Vamos, ¿qué está esperando? Diga quién es, rápido.

—Eh, rojizo, deje de emplear ese tono.

—Conteste enseguida si no quiere que eche mano a otro procedimiento. —El pelirrojo levantó un puño como una maza—. Descúidese y le aplasto las narices.

La joven exclamó:

—Eso es cuenta mía, Gilbert.

Puso los brazos en jarras y se enfrentó con Marcel. Sus ojos despedían chispas de fuego.

—Es usted un desaprensivo, señor.

—Bloch, Marcel Bloch.

—Lo que acaba de hacer es ignominioso.

—¿Qué acabo de hacer?

—Me besó... Y sabe Dios adonde habría llegado.

—Eso es lo que me pregunto. Pero eso es fácil de averiguarlo. Que se marche él y continuaremos. Debo comunicarle una noticia muy importante, Yvonne. Ya marco como el termómetro. Puede que un par de grados más.

—Insidioso —dijo Yvonne, y parpadeó y se volvió hacia el rubio—. ¿Qué quiere decir insidioso?

—Te has expresado bien, Yvonne —contestó el pelirrojo—. Insidia quiere decir asechanza, es decir, engaño o artificio para hacer daño a otro.

La rubia se volvió hacia Marcel.

—¡Insidioso! —repitió.

—Eh, oiga, yo estaba aquí muy tranquilo y usted fue quien empezó, aunque debo decir que la prueba ha sido de mi agrado.

—¡Aprovechado!

El pelirrojo echó a andar blandiendo ahora el otro puño.

—Conque abusó de ti, ¿eh, Yvonne?

—Cuidado, amigo, puede tropezar y caerse —dijo Bloch.

El pelirrojo le tiró el puño a la cara.

Marcel burló la acometida y replicó con un puñetazo que llegó al mentón de su rival.

Gilbert retrocedió y derrumbóse en el suelo.

—¿Lo ve, amigo? Ya tropezó.

—¿Qué acaba de hacer? —exclamó Yvonne.

—Disculpe, pero tengo la fea costumbre de defenderme, rubia.

—¿Por qué no me dijo quién era? Ande, ¿por qué no?

—¿Me lo preguntó usted?

—Creí que era un productor de cine.

—De modo que el beso iba dedicado a Un productor de cine. ¿Y qué más le habría dedicado?

—Le prohíbo que piense mal de mí. Soy una mujer honrada.

—¿A partir de qué hora?

—Es usted insoportable, señor Bloch. Debería llamar a la policía.

—¿Por qué?

—Primero por besarme sin haberme llegado el turno, y en segundo término, por haber golpeado a Gilbert.

—Le repito que no la cité aquí. Usted vino por su propio pie... Por cierto, me gustó mucho su forma de anclar. Parecía una gata.

En aquel momento, el pelirrojo se puso en pie.

—Apártate, Yvonne, lo voy a hacer pedazos.

—No, Gilbert. Recuerda que no hemos venido a Caniles a pelear, sino a conseguir un contrato cinematográfico.

—Tienes razón —asintió Gilbert—. Eso le salva, amigo...

—Gracias por perdonarme la vida.

Un joven se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, Gilbert, ya nos hizo perder demasiado tiempo este entrometido.

El pelirrojo apuntó a Bloch con el dedo.

—Esta mujer no existe para usted, ¿lo oye bien? No trate de embaucarla de nuevo o le pesará... Se lo promete Gilbert Gros.

—Mire cómo me tiemblan las rótulas...

Gilbert dio un gruñido y siguió a Yvonne, que ya había salido de la habitación.

Marcel se echó a reír mientras se rascaba detrás de una oreja. La chica era simpática. Pero tenía sus dudas con respecto a su carácter. ¿Era una ingenua o un diablillo?

Dieron unos golpecitos en la puerta, y antes de que pudiese autorizar la entrada, asomó la cabeza del botones con su cara granujenta.

—¿Qué pasa, René?

El botones guiñó un ojo.

—Si las prefiere de esa talla le puedo proporcionar una muchacha con pelo castaño, de treinta y cuatro años, con mucha experiencia...

—¡Fuera!

—Usted se lo pierde, señor Bloch.

La cabeza del botones desapareció por el hueco.

Al diablo con René, con Yvonne y con la muchacha de cabello castaño y mucha experiencia. El quería descansar. Largarse a un lugar de la costa donde no hubiese mucha gente. Lograría encontrar un rincón para poder acostarse en la arena y tostarse al sol sin que nadie lo molestase.

Minutos más tarde, con el bañador y un sombrero en la cabera entraba en su auto y se ponía en camino hacia el sur. Le habían hablado de que había pequeños lugares en la costa que estaban solitarios.

Lo encontró doce kilómetros más adelante. Sólo tuvo que sacar el auto de la carretera, dejarlo entre los pinos y descender por una colina.

Miró a un lado y otro por entre las rocas.

No, no había nadie.

Respiró satisfecho.

Bueno, primeramente le convenía tomar un baño y luego se tendería junto a las rocas, sobre la arena, para dorarse al sol.

Respiró profundamente y saltó al agua.

Sumergióse y braceó hacia el fondo.

Era bueno aquello. Estupendo. De lo mejor.

De pronto, vio algo a la izquierda, por entre las rocas.

El corazón le dio un vuelco. Era un cuerpo humano.

Uno de aquellos nadadores que se dedicaban a la pesca submarina. Sí, eso era lo que se encontraba a unos cinco metros de él.

Se fue acercando con la impresión de que el agua se había tornado helada.

Ahora lo vio claramente. No era un hombre, sino una mujer.

Estaba abajo, sobre un lecho de arena prendida de los tobillos por unas algas que brotaban de entre las rocas.

Su cara estaba cubierta por la máscara que debía llevar a sus pulmones el oxígeno de los dos depósitos que tenía a la espalda.

Marcel se dio cuenta entonces de que a él también le faltaba el aire. No podía continuar allá abajo.

De todas formas, tenía la impresión de que nada podía hacer por aquella muchacha, porque ya debía estar muerta.

Subió a la superficie, y una vez la cabeza fuera, hizo acopio de aire y sumergiósse otra vez.

Ahora ya sabía dónde tenía que ir.

Sintió una leve esperanza, la de que la mujer se hubiese desmayado y continuase respirando a través del tubo de oxígeno.

Poco a poco se fue acercando al lugar donde descansaba la submarinista. Por fin puso las rodillas en la arena, junto a ella, y acercó las manos a su corazón.

Ya no tuvo ninguna duda. Aquella mujer estaba muerta...

CAPÍTULO II

—Murió ayer —dijo Henri Forestier, inspector de la policía judicial.

Frisaba en los veinticinco años de edad y era de mediana estatura, rollizo, de cabello y bigote negros.

—La mataron, inspector —dijo Marcel Bloch.

—Eh, señor Bloch, ¿cree que necesariamente ha de tratarse de un asesinato?

—Yo apuesto a que sí.

—Me ha dicho que es usted novelista. Ha de poseer mucha imaginación, ¿verdad?

—Mucha más de la que la gente cree, pero en el caso de esa muchacha, no es una invención mía...

—Creo que sé a qué se refiere. La llave de paso del oxígeno estaba cerrada.

—Exacto, inspector.

—Sí, es cierto, señor Bloch, pero olvida algo importante.

—¿Qué cosa, inspector?

—Que la chica se pudo suicidan.

—Oh, no, usted no puede pensar que ella se pusiese el uniforme de mujer rana, con sus aletas, para suicidarse. Hay muchas maneras de quitarse la vida sin necesidad de tanto trabajo.

—Llevo muchos años como policía, señor Bloch, y me he encontrado con casos verdaderamente extraños, tipos que se suicidaron tomándose muchas más molestias que esa señorita.

La entrevista se celebraba en la habitación del hotel de Marcel, adonde el inspector había acudido para informarle de la mujer muerta.

—Todavía no me ha dicho quién era ella —dijo Marcel.

El inspector se había despojado del sombrero. Ocupó un sillón y

quedóse mirando el hueco de la terraza, por donde se veía un trozo de mar.

—Va a ser un mal asunto, señor Bloch. Ella era una mujer famosa... Tuve que salir de mi despacho por la puerta trasera... Se habían reunido allí no menos de seis periodistas... Uno de mis muchachos debió dar el soplo. Me gustaría atraparlo... El muy estúpido... Tenía que haber esperado un poco, al menos un par de horas... Seis periodistas, ¿lo oye? Y eso sólo es el principio... A partir de ahora, los tendremos en Cannes como si se celebrase el festival... Bueno, señor Bloch, usted me preguntó quién era ella.

—Creí que ya lo había olvidado.

—Perdone, no pierdo frecuentemente el control de los nervios, pero ese estúpido que dio el soplo a la Prensa... —Hizo una pausa—. Su nombre es Marielle Renard. ¿La conoce?

—¿Debía conocerla, inspector?

—Ha filmado dos películas con mucho éxito. Estaba considerada como la actriz que iba a dejar pequeña a la B.

B. Us

ted es francés, ¿cómo no sabe nada de Marielle Renard?

—Le dije que escribí novelas policíacas, pero no le expliqué dónde. Se trata de un pueblo belga muy pequeño, con trescientos veinticinco habitantes.

—Ya... Vive apartado del mundo.

—Eso es.

—¿Tiene jardín en su casa? —Desde luego.

—Y apuesto a que cría lechugas, rábanos y todo eso.

—Sí, inspector.

Forestier chascó la lengua.

—¿Sabe una cosa, señor Bloch? Desde hace años pienso en lo mismo, en el día que me retire... Durante algún tiempo pensé que podría comprar una casa con mis ahorros. Naturalmente, una casa con jardín, pero todo ha subido mucho... Los precios están por las nubes. No podré comprarla nunca... Bueno, iré a la de mis padres. Tampoco está mal, pero hubiese preferido alejarme de la familia.

Marcel se dijo que sacar información al inspector acerca de lo que le interesaba resultaba un poco difícil.

—Recuerde, inspector, la actriz.

—Oh, sí, Marielle Renard... Pobre muchacha... Era muy

hermosa.

—Lo era, inspector. ¿Casada?

—Un par de veces.

—¿Tenía marido ahora?

—Sí. Pierre Lowe, un pintor, pero él no parece que haya tenido mucho éxito. Hay muchos pintores en París, un colega me lo decía... ¿Sabe cuántos? Cincuenta mil. Algunos se ganan la vida repartiendo octavillas de propaganda de los establecimientos comerciales.

—El arte está por los suelos —concedió Marcel—. ¿Ha hablado con el marido?

—Sí, fui al motel Mandragora para darle la mala noticia.

—¿Cómo la encajó?

—Casi se desmayó. Tuve que socorrerlo. No podía creer que su mujer estuviese muerta.

—¿Cuánto tiempo hacía que no la veía?

—Desde ayer por la tarde. Ella dijo que se marchaba a hacer pesca submarina. Pierre habló de acompañarla, pero Marielle dijo que prefería ir sola.

—¿No le extrañó al señor Lowe que llegase la noche y su mujer no regresase al motel?

—El señor Lowe dice que Marielle hacía eso con frecuencia. Le gustaba ir sola por ahí al anochecer... Bueno, no tiene nada de extraño, los artistas son unos pájaros raros.

—El lugar donde encontré a Marielle está a doce kilómetros de Cannes. ¿Cómo pudo llegar ella hasta allí?

—Puedo contestarle a eso. Hace un rato uno de los agentes ha informado al Departamento del hallazgo de un coche a un lado de la carretera. Es el de Marielle. Estaba más o menos a unos quinientos metros de donde usted la encontró.

—¿Tenía hijos Marielle de alguno de sus matrimonios?

—No, y eso es una suerte.

—¿De modo que el heredero es el marido actual?

—Fue la pregunta que le hice, que cuánto heredaba. El me dijo que nada, que es posible que tenga que pagar deudas... En realidad, Marielle Renard sólo estaba empezando. Durante los dos últimos años gastó lo que había ganado en sus dos películas. De todas formas, hablaré muy pronto con su representante. —El inspector

sacó un papel del bolsillo—. Se llama Gastón Boudet.

El inspector se puso en pie y dio vueltas al sombrero mientras examinaba a su interlocutor.

—Así que para usted es un asesinato...

—Sí.

—¿Tiene alguna prueba aparte de lo de la llave del aire cerrada?

—No, creo que no.

—Digamos que entonces lo dice por su olfato de escritor.

—Es posible.

El inspector dio un gruñido.

—¿Piensa continuar en Cannes, señor Bloch?

—Vine a pasar unas vacaciones. Las empecé esta mañana y seguiré aquí otros catorce días.

—Espero que no vuelva a encontrar otro cadáver... Siempre resulta desagradable, incluso para una persona como usted, que está acostumbrado a matarlos en sus novelas.

—Muy amable, inspector. Espero que sus deseos se cumplan y que no tenga que molestarle por culpa de otro muerto.

Forestier obsequió a Bloch con media sonrisa y se dirigió a la puerta.

—A propósito, señor Bloch...

—¿Sí?

—¿Cuántos mata usted por novela?

—Con un par me conformo.

—¿Sabe una cosa? Conocí hace unos años a un colega suyo que no se conformaba con menos de cuarenta —soltó una risita—. Hasta la vista.

Marcel vio que la puerta se cerraba tras de Forestier y tomó la botella de *whisky* que había comprado al salir de la comisaría. Se escanció una copiosa ración y bebió un trago.

Ya estaba otra vez allí, frente al paisaje del azul del mar. No, no había tenido tiempo para tostarse al sol, ni siquiera para tomar un baño en las aguas del Mare Nostrum.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Entró René, el botones.

—Ya veo que está en complicaciones, señor Bloch.

—¿Sí?

—Vi salir al inspector Forestier de aquí. Es un tío hueso. Si necesita fugarse esta noche, le puedo proporcionar una lancha motora en la que podrá estar en unas horas en aguas extraterritoriales.

—Sabes mucho de eso. ¿También te ganas la vida echando un cable a los contrabandistas fugitivos de la ley?

—La vida está muy mal, señor Bloch.

—No te lo puedes imaginar, hijo.

—Uno hace lo que puede.

—Sí, ya lo ves.

—Si prefiere un helicóptero, también se lo puedo facilitar, pero le costará un poco más caro.

—¿Qué eres tú, hijo? Seguro que si te pido un analgésico me lo das.

—¿Cuántos, señor Bloch? —dijo René, y sacó un tubo del bolsillo.

—No, gracias.

—Los analgésicos los doy gratis. Están incluidos en el servicio.

—Ya veo que eres una enciclopedia, René.

—Mi cultura es muy modesta, señor Bloch... Sólo fui cuatro años al colegio.

—Cielos, ¿qué habría pasado si hubieses estudiado doce años como el resto de los niños?

—Me habría criado miope como la mayoría de ellos y todavía estaría viviendo a costa de papá y mamá.

Marcel sacudió la cabeza.

—Tienes razón. Perdona mi falta de moral.

—No se preocupe, señor Bloch, no me he dado por ofendido. Alguien dijo que mi niel es como el caparazón de una tortuga. —El botones hizo una pausa—. De modo que el viejo inspector no vino aquí para esposarlo...

—Sólo se llegó para informarme acerca de un cadáver con el que tropecé en la playa.

—Me quejaré al dueño del hotel. Debería ser un poco más cuidadoso y limpiar las orillas... Hoy día no se puede confiar en nadie. ¿Alguien importante o sólo era un vagabundo?

—Marielle Renard, la actriz. ¿La conoces?

—Demonios, claro que la conozco. —René sacó una fotografía

del bolsillo trasero del pantalón—. Es ella, ¿verdad? —Se cubría con un bañador y la fotografía estaba dedicada.

—¿Es un autógrafo de Marielle?

—Sí, se lo pedí.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—Creí que se hospedaba en el Mandragora con su marido.

—Ella estaba en el Mandragora, pero vino aquí y hasta preguntó por el fulano.

—¿Qué fulano?

René se mojó los labios con la lengua.

—Caramba, parece que se me ha olvidado.

—A ti no se te olvidó ni el día en que naciste —dijo Bloch, pero a pesar de ello sacó un fajo de billetes. Apartó uno de cinco francos que alargó al muchacho.

René hizo desaparecer el billete en su bolsillo con un pase mágico.

—Claude Vaillant.

—¿Quién es Claude Vaillant?

—Uno de esos peliculeros.

—¿Director, actor o qué otra cosa?

—Un ex director. Ahora no trabaja.

—De modo que Claude Vaillant está en paro forzoso.

—Seguro.

—¿Sabes algo de la visita de Marielle a Vaillant?

—No, señor Bloch.

Marcel sacó otro billete de cinco francos.

—Éste es el último, muchacho. Tengo que comer, pagar el hotel...

—Sí, señor Bloch, usted es el que manda.

—Abrevia, hijo.

—Sólo puedo decirle que Marielle estuvo como cosa de media hora en la habitación de Claude Vaillant.

—¿Y de qué hablaron?

—Oiga, escucho tras las puertas cuando puedo, pero en aquel momento tenía trabajo y no pude pegar la oreja.

—Qué pena, estaba dispuesto a subirte el sueldo.

—Podría inventarle cualquier conversación para ganarme ese

dinero, pero prefiero seguir siendo honrado, señor Bloch.

—Tus palabras me conmueven, hijo. ¿No has vuelto a ver a Marielle?

—No.

—Volvamos al señor Vaillant. ¿Qué me dices de él? —¿Vio cómo queda una esponja después de sumergida en el baño?

—Algunas veces.

—Pues así está él, sólo que sumergido en ginebra.

—¿A toda hora?

—Yo nunca lo he visto sereno.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Un par de semanas.

—¿Siempre paga su cuenta?

—Desde luego. Da la impresión de no andar bien de dinero, pero debe ser un tipo que se las ingenia para encontrar su pozo de petróleo.

—Quizá lo encontró hace mucho tiempo.

—Bueno, no le puedo decir nada sobre ese particular.

—¿Mujeres?

—Se sabe acompañar bien el amigo Vaillant. Ya sabe, aquí hay mercancía, chicas de buena fachada que vienen a ganarse la vida como sea. Además de las indígenas tenemos de otros países: suecas, inglesas, italianas... A propósito, le puedo dar la dirección de una inglesa... —René se interrumpió—: Bueno, ya veo que no le interesa.

—¿Cuál es el número de la habitación del señor Vaillant?

—El 315.

—¿Está ahora allí?

—Seguro.

—Gracias, muchacho, te veré luego.

Bloch invitó con la mano al botones para que saliese y él lo hizo a continuación.

Siguieron caminos opuestos y poco después, Marcel llamaba a la puerta del 315.

No oyó ninguna voz y entonces hizo girar el tirador y se coló dentro.

Le llegó el correr del agua en el cuarto de baño, que estaba abierto, y fue hacia allí. Bajo las cortinas de plástico vio moverse

una sombra.

—Hola —dijo.

Un hombre asomó la cabeza chorreando agua. Estaba por los cuarenta y cinco años y era alto, de pómulos hundidos y grandes bolsas bajo los ojos.

—Eh, usted —graznó con voz pastosa—, ¿por qué entró aquí sin avisar?

—Avisé, pero usted no me oyó.

—Contestón, ¿eh? Ande, llévase el traje y que me lo planchen para dentro de media hora.

—No pertenezco al servicio del hotel.

—¿No? ¿Quién es, entonces?

—Un huésped como usted... Mi nombre es Marcel Bloch y me dedico a escribir novelas policíacas.

—Entiendo, viene a colocarme uno de sus mamotretos para que lo lleve al cine... Perdió su tiempo, amigo. Soy un fracasado. No tengo nada que hacer en el cine... No golpee la puerta cuando salga.

—No vine a hablarle de mis mamotretos, sino de Marielle Renard.

Vaillant se iba a introducir entre las cortinas, pero se detuvo.

—¿Marielle Renard? ¿Qué tiene que ver con ella?

—Yo fui quien la encontró muerta.

Estaba observando la cara de Vaillant y lo vio palidecer ostensiblemente.

—Maldito, no diga eso. —Muerta, señor Vaillant.

—¡No! ¡Está mintiendo y le voy a sacar las tripas!

—Tranquilícese. No es usted un chiquillo y todos morimos, unos antes y otros después.

Vaillant parpadeó confuso. Finalmente se metió otra vez en el cubículo, pero enseguida reapareció cubriéndose con una toalla.

Se enfrentó con Marcel. Fue a decir algo, pero se interrumpió.

—Venga conmigo.

Los dos fueron al dormitorio y Vaillant se volvió bruscamente.

—¿Que es eso de que la encontró muerta?

—Se lo explicaré, Vaillant.

Marcel contó la aventura que había protagonizado aquella mañana cuando decidió tomar su primer baño en un lugar solitario

de la costa.

Después de escucharlo, Vaillant boqueó como si acabase de recibir un chorro de agua sobre la cara.

Se dirigió a la mesilla de noche y sacó una panzuda botella de ginebra. Desenroscó el tapón, y sin invitar a Marcel, bebió un largo trago. Respiró profundamente y volvió a mirar a Bloch.

—Imagino que no se ha equivocado.

—La policía interviene en el caso.

—Sí, comprendo... Tenía que pasar así...

—¿Por qué tenía que pasar así, señor Vaillant?

—Nunca tuve suerte con las mujeres hermosas. Todas acabaron de mala manera... Phillis Young, una inglesa, hace once años, en Irlanda, se mató en un automóvil el primer día, cuando íbamos a empezar el rodaje de una película... Ingrid Seigman, sueca, muerta también. Murió cuando el avión en que viajaba se estrelló contra una montaña... Y ahora Marielle... Les doy mala suerte a todas, ¿lo oye? A todas.

—Pero usted no tenía nada que ver ahora con ella.

—¿Y qué importa eso? Yo la descubrí, ¿lo oye? Fui yo quien lanzó al público su primera película hace un año. A mí me debe el éxito... ¿Y qué pasó luego? Todos se olvidaron de mí... Así es el cine y todos los que trabajan en él.

—Usted fue su marido.

—Sí, lo fui, pero sólo por siete meses.

—¿Estaba enamorado de ella?

—Sí.

—¿Lo estaba ella de usted?

—No diga tonterías, claro que no.

—¿Por qué se casaron entonces?

—A ella le convenía. Se habría casado con cualquier director u otro personaje que le ayudase en su carrera.

—No hace un retrato muy bueno de ella.

—Lo siento, pero no pude evitarlo. Sólo he dicho la verdad.

—Si usted había tenido ese éxito con ella en su primera película, ¿por qué no continuó en el negocio?

—Quería hacer mi filme, ¿lo oye? Siempre lo he deseado. Pensé que había llegado el momento. Estaba seguro que con Marielle habría triunfado. No era buena actriz, pero yo le hubiese sacado

todo el rendimiento. Sí, amigo. Estoy seguro de que habríamos conseguido la Palma de Oro en Cannes o el León de San Marcos en Venecia. Pero ningún productor se atrevió a darme el dinero que necesitaba para hacer mi película y Marielle no quiso esperar. Estaba ligada a su productor y a su representante, y después de ganar celebridad, ya no me necesitaba. Me abandonó, ¿lo oye? Eso fue lo que hizo.

—¿Por qué vino ella aquí anteayer?

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Ella lo visitó en el hotel, en esta habitación. ¿La mandó usted llamar?

—No me gusta el tono de su voz, amigo.

—Estoy investigando la muerte de Marielle.

—No pensará que yo la maté.

—Todavía no iré decidido nada.

—¿Cree que está escribiendo una novela? ¿O sólo recoge datos para ambientarla?

—Siento curiosidad por saber cosas acerca de Marielle. Fui yo quien la encontró muerta y luego me he enterado de que aquí hay muchas personas que estaban relacionadas con ella.

—¿Quiere un trago?

—No, gracias.

—Está bien, se lo diré, señor Bloch. Vino a traerme dinero.

—¿La llamó usted?

—Sí, la llamé al hotel, le dije que me encontraba sin blanca y le pedí prestados cinco mil francos. Prometí devolvérselos.

—¿Se los prestó?

—Sólo mil. Dijo que no tenía nada más, pero no vino a eso. Quiso humillarme.

—¿Por qué?

—Le dije que fracasaría, que volvería al hoyo de conde había salido. Era su gran oportunidad para decirme que yo era como director un verdadero desastre. Con su segunda película había subido más que con la mía y continuaría subiendo. Yo era un cualquiera, un tipo del montón... Agregó que si me portaba bien me daría un puesto de oficinista en su productora.

—¿Y qué pasó después?

—Nada, ¿qué tenía que pasar? De buena gana le hubiese tirado

los mil francos a la cara, pero no podía hacer eso. Ella me arrojó los billetes a los pies, dio media vuelta y se marchó.

—Debió odiarla mucho en ese momento.

—Sí, es posible que la odiase, pero yo no la maté... No, amigo, nunca habría podido matar a Marielle. Era demasiado hermosa y yo la quería, a pesar de todo.

—¿No la volvió a ver después de su visita de anteayer?

—Claro que no.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Por ahí.

—¿Dónde?

—Me gusta vagar sin rumbo fijo. De vez en cuando me meto en algún bar y bebo unas copas.

—¿Encontró a alguien conocido?

—Vi algunas caras, pero yo me hice el distraído. No quería hablar con nadie. Dudo que ellos me viesen a mí.

Marcel ya no tenía nada que hacer allí. Dio las gracias al ex director y salió de la habitación.

CAPÍTULO III

Bernard Baroti, productor que tenía bajo contrato a Marielle Renard en el momento de la muerte de ésta, iba de un lado a otro de la habitación.

Frente a él se encontraba Pierre Lowe, marido de la actriz.

—¿Por qué tiene que pasarme a mí, Pierre? ¿Por qué? Invertí una fortuna en tu mujer... Esto va a ser mi ruina.

—Podrás resarcirte con la película.

—No digas tonterías. No podré. Es a partir de ahora cuando ella se iba a convertir en una gran estrella y dar buenos ingresos, justo cuando desaparece.

—No fue una ocurrencia suya morirse. Alguien la mató.

—¿Quién?

—Y yo qué sé. ¿Lo sabes tú?

—Debiste acompañarla, no dejarla sola.

—Marielle no quería que yo la acompañase, tú lo sabes. Era una mujer independiente.

—Debiste ser más duro con ella, Pierre. Estaba enamorada de ti.

—Eso ocurrió hace un millón de años.

—¿Qué quieres decir?

—Marielle ya no me quería.

—Son tonterías tuyas, Pierre.

—Está bien, dejémoslo. Ya no se puede hacer nada.

La puerta se abrió sin que nadie llamase y entró un hombre alto, calvo. Su cara estaba muy pálida.

Era Gastón Boudet, el representante de Marielle. Cobraba un diez por ciento de los ingresos de la estrella. Años atrás había establecido una agencia teatral en París, pero nunca representó artistas de categoría hasta que encontró en su camino a Marielle.

—¿Es cierto que Marielle ha sido asesinada?

—Está muerta —repuso Pierre—. Es lo que sabemos.

—Todavía no se ha probado que se trate de un crimen.

—Tenía cerrada la llave del paso del aire. Si pretendes meterme en la cabeza que Marielle se tiró al agua sin abrir la llave, estás equivocado, Pierre. No lo creeré.

—Es cuenta tuya.

—Maldito canalla...

Boudet se puso en movimiento hacia el sillón donde se encontraba Pierre, atrapó a éste por la camisa y lo levantó de un tirón.

Pierre alzó el brazo para defenderse, pero Boudet demostró ser muy rápido. Golpeó en el mentón de Lowe, el cual se desplomó en la alfombra y faltó poco para que diese una vuelta de campana.

El productor cinematográfico Baroti chilló:

—¡Dejen de pelear!

—¡Le voy a comer los hígados! —gritó Boudet, excitado—. El la mató... ¿Lo oyes, Bernard? La mató su propio marido.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Por la póliza.

Pierre se levantó del suelo y escupió sangre.

—¿A qué te refieres?

—Anda, di que no lo sabías. Di que no sabías que fueses beneficiario de cien mil francos.

—Lo es.

—¿Qué estás diciendo?

—Míralo, ahora se hace el tonto... El no sabía nada, es una sorpresa.

—No te creo, maldito.

—¿Cuándo firmó esa póliza Marielle?

—Hace cosa de un mes.

—¿Y dices que yo soy el beneficiario?

—No soy yo.

—Imagino que Marielle te contaría algo a ese respecto.

—No me contó nada. Yo descubrí esa póliza ayer en una carpeta, donde guardo los documentos relacionados con los contratos de Marielle. Ella la colocó allí. Si yo hubiese sabido algo de eso, que Marielle intentaba suscribir una póliza de vida en beneficio tuyo, se

lo habría quitado de la cabeza.

—Yo tampoco sabía nada.

—¿A quién quieres pegársela, Pierre?

—Si hubiese conocido la existencia de esa póliza, ¿no crees que hubiese pedido a Marielle que me la diese para guardarla yo?

Llamaron a la puerta y Bernard acudió a abrir.

Por el hueco entró un hombre, el inspector Forestier.

El policía dirigió una mirada a su alrededor observando a los personajes que componían el cuadro.

—¿Por qué han peleado? —inquirió.

—¡Él la mató! —exclamó Boudet, señalando a Pierre.

—Usted es el representante de ella, señor Boudet...

—Sí, inspector.

—¿Basa su acusación en la póliza de vida que Marielle contrató y de la que era beneficiario su marido?

—¿Cómo sabe eso, inspector?

—Recibí una llamada anónima hace un rato a la comisaría.

—¿Una llamada anónima?

—Una voz de hombre dijo que Pierre mató a su mujer por cobrar los cien mil francos de la póliza. Pierre dejó oír su voz:

—Anda, miserable, di que no fuiste tú el que avisó al inspector.

—No, no fui yo.

El inspector Forestier dio un suspiro.

—Deben tranquilizarse todos. El histerismo no conduce a nada.

Hubo un silencio, y luego el inspector prosiguió:

—Al parecer, alguien mató a Marielle Renard, y mi obligación es dar con el criminal. Espero que ustedes colaboren.

—Insisto en que no tiene necesidad de ir muy lejos para encontrar a su hombre, inspector —repuso Boudet.

—Deje que sea yo quien lleve las riendas del asunto, señor Boudet.

—Está bien, inspector. Si quiere perder su tiempo, es suyo.

—Gracias. Hay una cosa clara, y es que la persona que mató a Marielle tenía que estar a su lado para acabar con ella. Tengo la esperanza que alguien viese a Marielle con el asesino. La prensa va a colaborar con nosotros y mis agentes están investigando para encontrar algún testigo. Mientras tanto, han de permanecer en la ciudad. ¿De acuerdo?

Los tres hombres dieron la conformidad.

—Señor Borati, ¿puede decirme en qué ocupó usted la noche?

—¿Sospecha de mí?

—Todos son sospechosos. No debe sentirse molesto.

—Está bien, inspector. Le contestaré... Estuve cenando con una mujer.

—¿Qué mujer?

—Nicole Luboz, una actriz.

—¿Muy conocida?

—No, sólo ha hecho un pequeño papel en la última película de Marielle.

—¿Qué local eligió?

—El restaurante Los Alpes, aquí, en Cannes.

—¿A qué hora fue al restaurante con la señorita Luboz?

—Sobre las nueve, y nos marchamos alrededor de las once. Estuvimos bailando en El Gato Blanco hasta las dos de la madrugada. Luego acompañé a la señorita Luboz al hotel donde se hospeda y yo fui al mío.

—¿No volvió a salir?

—Claro que no. Tenía mucho sueño.

El inspector oyó ruido a su espalda, al otro lado de la puerta. Se volvió y abrió de un tirón.

En el corredor había una mujer muy bonita, de cabello negro. Su cara era angelical, pero sus ojos hicieron recordar al inspector el diablo.

—¿Quién es usted? —preguntó Forestier.

Pierre Lowe contestó:

—Es Denise Sournia, la secretaria de Marielle.

—Puede pasar, Denise —dijo el inspector.

Denise Sournia, esbelta, de bonita figura, entró en la estancia.

—Pierre —dijo, yendo hacia el viudo—, cuánto lo siento.

—Gracias, Denise.

—Lo supe hace un rato, cuando venía en el auto. Sintonicé una emisora, y bueno, no quise creerlo.

—¿De dónde venía usted, Denise? —preguntó el inspector.

—De Grenoble. Ayer por la mañana pedí permiso a la señorita Renard para ir allí. No tuvo inconveniente en darme autorización.

—¿Tiene a sus familiares en Grenoble?

—No se trata de mis familiares, sino de un hombre a quien tenía interés por ver.

—¿Lo vio?

—No.

—¿Cómo fue eso, señorita Sournia?

—Me había citado con él en el hotel Xamunics, pero él no acudió a la cita.

—¿Y qué hizo usted?

—Estuve comiendo en un restaurante de la ciudad.

—¿Con alguien?

—No, sola.

—¿Dónde pasó la noche?

—Quise regresar cuando el sol se ocultó y me puse en camino, pero me entró sueño, de modo que detuve el coche a un lado de la carretera y dormí unas cuantas horas, hasta que se hizo de día. Luego, reemprendí el camino.

El inspector miró el sombrero que tenía entre las manos.

—Denise, usted también tendrá que quedarse en Cannes hasta que termine la encuesta.

—Desde luego, inspector. Estoy a su disposición.

—Muy amable.

El inspector dio media vuelta y salió del apartamento. Cruzaba el vestíbulo hacia la calle cuando vio venir hacia él a Marcel Bloch.

—Hola, señor Bloch, ¿a visitar a algún amigo?

—Sólo quería entrevistar al marido de Marielle.

—Quiere trabajar por su cuenta, ¿eh?

—Me ha intranquilizado el descubrimiento de ese cadáver.

—Entonces le ahorraré trabajo. Puedo explicarle lo que han dicho unos y otros. —¿Quiénes?

—El viudo, Pierre Lowe; el productor Bernard Baroti; el representante de Marielle, Gastón Boudet, y, por último, la secretaria de la actriz, que llegó hace un rato.

—Le escucho, inspector.

Forestier contó la conversación que había sostenido arriba con los personajes relacionados con la muerte de Marielle. Cuando hubo terminado, Marcel comentó:

—Cualquiera pudo matarla, ¿no le parece, inspector?

—El marido tuvo una buena razón: cien mil francos.

—Sí, pero también pudo ser otro. ¿Qué va a hacer ahora, inspector?

—Volveré a mi oficina a esperar la llegada de alguno de mis hombres con información. Quizá uno de ellos tenga, suerte.

—Le entiendo, inspector. Espera que alguien haya visto a Marielle Renard con su asesino.

Forestier emitió un gruñido de asentimiento.

—¿Y si no tiene suerte, inspector?

—No piense en eso, muchacho. Llevo muchos años dedicado a mi profesión, y le aseguro que tuve que enfrentarme con casos tan difíciles como éste. Cuando más complicado estaba el asunto, ha aparecido el eslabón perdido.

—Gracias por darme esperanzas.

—No hay de qué, señor Bloch, no hay de qué. Ya nos veremos.

Marcel vio cómo el inspector salía del hotel y caminó hacia el bar.

Descubrió, sentada en un taburete, una figura conocida.

Era aquella chica, la rubia que se había metido en su habitación creyendo que él era un productor cinematográfico, a la que había llegado a besar. Ahora estaba sola, sin el pelirrojo.

—Hola —dijo al llegar a su lado.

La joven bebía un martini con pajita y volvió los ojos.

—¿Por qué me dirige la palabra?

—¿Es que no somos amigos? —repuso Marcel.

—Claro que no.

—Entró en mi apartamento a comprometerme, se me ofreció para besarme... ¿Qué es lo que hace entonces con los amigos?

—Grosero.

—Lo siento, pero no quiero reñir con las chicas monas.

—Sus requiebros me dejan indiferente —repuso la joven, y se puso a beber con la pajita.

Marcel llamó al mozo y pidió una ginebra con hielo.

—¿Qué tal, Yvonne? ¿Ya habló con el productor? —No, pero me contratará.

—¿Quién es él? —Bernard Baroti.

—Oh, sí, he oído que se quedó sin su actriz favorita. De modo que piensa sustituir a la muerta.

—Ya puede estar seguro de ello.

—¿No cree que tendrá que competir con muchas aspirantes?

—Me dará el puesto a mí.

—¿Por qué está tan segura? Bueno, no sé por qué lo pregunto. Se colará en su habitación y se pondrá a andar como una gata.

—Debería arañarle los ojos.

—La culpa es suya si pienso así.

—Oh, sí, usted cree que yo voy por las habitaciones de los productores y directores ofreciendo mis caricias.

—¿No lo hace?

—Haga otra insinuación como ésa y le arrojaré el contenido de este vaso a la cara.

—No sería una escena original. Ya lo he visto en unas cuantas películas.

—Sépalolo de una vez, entrometido. No necesito que el señor Baroti me bese para conseguir el puesto. Tengo un arma mejor que ésa.

—¿Mejor? —repuso Marcel, y la midió de pies a cabeza—. Lo dudo.

—Voy a facilitarle la captura del asesino de Marielle Renard.

Marcel iba a beber un trago de su vaso, pero se interrumpió.

—¿De veras va a hacer eso, Yvonne? —Claro que sí.

—Entiendo, es una invención de su agente de prensa, de ese pelirrojo malhumorado.

—No hay ninguna invención. Fue algo que yo vi y que estoy segura ayudará a resolver el caso.

—¿Qué cosa vio?

—No se lo diré.

—¿Por qué no? Yo no soy periodista ni policía. No se preocupe, le guardaré el secreto.

—Prométalo.

—Prometido.

La joven miró a un lado para cerciorarse de que no era escuchada por otras personas. Luego fijó sus ojos en los de Marcel y dijo:

—Yo vi al asesino.

CAPÍTULO IV

Marcel bebió un trago de ginebra.

—¿Sabe lo que dice, Yvonne?

—Claro que lo sé.

—¿Dónde vio al asesino?

—En la carretera de Bujuleais.

—¿Dónde está eso?

—Quince kilómetros al oeste de Cannes, en dirección a Frejus.

—No entiendo eso. ¿Cómo pudo ver al asesino?

—Porque iba con ella, con Marielle Renard. La reconocí enseguida. Viajaban en un automóvil descapotable. Marielle Renard conducía y a su lado estaba la otra persona... Bueno, dije asesino cuando debía decir asesina.

—Así que era una mujer la persona que acompañaba a Marielle.

—Sí.

—¿La reconoció también a ella?

—No, pero puedo describirla.

—Hágalo.

—Llevaba pañuelo floreado y gafas negras.

—¿Qué más?

—Daba la impresión de ser una mujer de unos treinta o treinta y cinco años.

—¿Usted iba o venía?

—Venía de San Raphael.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Dónde se había dejado al pelirrojo?

—No se haga el gracioso. Gilbert Gros sólo es mi agente. Fui a San Raphael porque allí estaba una amiga mía que trabajaba como

vocalista de una orquesta. Le había prometido que le haría una visita.

—¿A qué velocidad iba usted cuando se cruzó con el descapotable de Marielle?

—A unos ochenta, quizá noventa.

—¿Corrían ellas mucho?

—Más que yo.

—Entonces, ¿cómo puede asegurar que vio a Marielle Renard?

—Claro que la vi. Era ella.

—¿A qué hora fue eso?

—El sol ya se estaba ocultando.

—Ha dado la descripción de la compañera de Marielle.

—¿Qué me dice de ella?

—Debía llevar muy poca ropa. Yo sólo le vi piel.

—¿Quizá estaba en bañador? —Es posible.

—¿Se fijó en la parte trasera del coche?

—No. ¿Por qué?

—Quizá llevaba a la vista el equipo para la pesca submarina.

—No, no puedo asegurarle nada a ese respecto... Eh, señor Bloch, me ha prometido que no se lo dirá a nadie.

—¿Se lo ha contado a Gilbert Gros?

—No, él se marchó hace un par de horas a casa de un amigo. No regresará hasta la noche.

Marcel terminó de beber su ginebra.

La joven saltó del taburete.

—Ahora adiós, señor Bloch.

—¿Adónde va?

—Me dijeron que el señor Baroti me recibiría al cabo de diez minutos y va han pasado.

—Espere, no puede hablar con el señor Baroti acerca de eso.

—¿Quién dice que no?

—Usted espera que si cuenta su historia a Baroti, él la pondrá bajo su protección. Piensa que con eso va a hacer méritos.

—Sí.

—¿Quién le asegura que él le va a corresponder en esa forma? ¿Cree que las personas son agradecidas? El no contraerá ningún compromiso con usted por una simple información.

—No se trata de una simple información. Es muy importante.

—Sólo ha visto un lado de la moneda. No ha visto el reverso.

—¿Cuál es el reverso?

—Si usted se llega junto a Baroti y le cuenta lo que vio, puede o no dar resultado. Pero se me ha ocurrido algo que le proporcionará más dividendos.

Ivonne entornó los ojos con cierto aire de suspicacia.

—¿A qué medio se refiere?

—Suponga que yo descubro al asesino.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Puedo investigar por mi cuenta.

—¿Y qué?

—Todos los laureles serán cuenta suya. Yvonne. ¿Lo comprende ahora? Sería famosa en todo el país, saldría en la primera página de los diarios. Gracias a usted, se habría descubierto al asesino de la famosa actriz Marielle Renard... Entonces no tendría que pedir limosna al señor Baroti, ni estar a la espera de que él le agradeciese la información que le pretende dar... No sólo tendría a Baroti a sus pies, sino a los demás productores cinematográficos del país.

—No está mal eso —rió la joven.

—Ande, vuelva a su hotel y deje que yo me ocupe del asunto.

—¿Cómo sé que va a cumplir conmigo?

—¿Qué?

—Me entendió bien, señor Bloch. ¿Y si me la jugase? —¿Por qué he de jugársela?

—¿Y por qué he de confiar en usted, señor Bloch? Usted puede embaucarme. Una vez lograrse dar con el asesino, usted podría salir sólo a saludar.

—Yo no hago tal cosa. Soy incapaz de hacerlo. Le aseguro que todos los honores serán para usted, Yvonne.

La joven se mordió el labio inferior.

—Está bien, voy a confiar un poco en usted, pero sólo un poco. Si esta noche no me ha dado noticias acerca de la mujer que acompañaba a Marielle, informaré al señor Baroti.

—Tendrá que darme un poco más de tiempo, Yvonne.

—No. Hasta esta noche. No podré esperar más.

—Sólo son unas horas, pero veré lo que puedo hacer. Hasta luego, Yvonne.

—¿Marielle Renard?... Oh, no, claro que conocíamos a la actriz, pero no la hemos visto por aquí.

Era el tercer lugar que Marcel visitaba. En todas partes hacia las mismas preguntas, pero hasta ahora no había, tenido el menor éxito. Ya se había alejado una veintena de kilómetros de Cannes.

Volvió a su auto y reemprendió el camino.

Era muy difícil que lograrse dar con una Dista. Pero Marielle tenía que haber ido a alguna parte por allí.

A no ser que Yvonne se hubiese equivocado. Pudo confundirse de persona. Creyó estar viendo a Marielle Renard cuando era otra mujer.

¿Por qué no? El coche que tripulaba Marielle y el de Yvonne se habían cruzado como dos bólidos.

¿Por qué dio crédito a las palabras de Yvonne? No dudaba que Yvonne las había dicho de huera fe, pero eso no le servía a él de nada.

Hostería del Pato Salvaje. Ése era el nombre del nuevo establecimiento ante el que estacionó el auto.

Hizo la pregunta de siempre a un camarero de patillas largas y nariz colorada.

—Sí, ya he leído los diarios. La señorita Renard ha sido encontrada muerta. Pero no estuvo aquí, ¿sabe?

No, no estuvo.

Marcel dio nuevamente las gracias y se encaminó hacia el auto.

—Eh, señor.

Miró hacia el lado que le llamaban. Era una joven. Debía de ser una empleada de la hostería, una criada. Tenía cara bonita y ojos traviosos.

Marcel se le acercó sin decir nada y le hizo un saludo.

—He oído que preguntaba a Otto por esa actriz, Marielle Renard.

—Sí.

—Estuvo aquí.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. Yo misma la vi.

—¿Vino sola?

—No, la acompañaba una mujer.

—¿Cómo era esa mujer?

—No la pude ver bien, llevaba un pañuelo a la cabeza y se cubría con gafas negras. Además, daba la impresión de que hacía todo lo posible para que nadie la viese. Bajaba la cabeza cada vez que alguien pasaba cerca.

—¿Qué hicieron?

—Sólo bajó Marielle Renard. Fue a telefonar.

Marcel sacó unos cuantos billetes.

—¿Me puede decir algo acerca de esa llamada?

—No, señor. Estaba fuera.

—¿Pudo oírla alguien?

—Marielle estaba dentro de la cabina. Nadie la pudo oír.

—¿Es teléfono directo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo telefoneando?

—Unos dos o tres minutos.

—¿Y luego?

—Salió de la casa y regresó al auto.

—¿Dónde estabas tú?

La joven señaló una cocina de piedra protegida del sol por un cañizo. La cocina se componía de ocho hornos, y en ellos se hacían los platos típicos de la región.

—¿Hacia dónde fueron?

La joven señaló con la mano la carretera que ascendía por una colina. En lo alto existía una bifurcación.

—Tomaron el camino de la derecha.

—¿Adónde conduce?

—A

L'Esterel

.

Marcel entregó diez francos a su informante y caminó hacia donde había dejado su auto.

Minutos después, corría por el camino que conducía a L'Esterel

.

Llegó pronto al pueblo. En una pequeña plaza una veintena de personas observaban a cuatro hombres y tres mujeres que jugaban a la petanca.

Estacionó el vehículo en el lugar destinado al efecto y saltó fuera.

Encendió un cigarrillo.

Un muchacho de unos quince años con cara de listo se le acercó.

—Puedo enseñarle el castillo árabe por cinco francos... Le explicaré cómo se construyó y las cosas que allí ocurrieron. Más de un centenar de muertos en cinco siglos.

—¿Estás siempre por aquí cuando no tienes clientes?

—Sí, señor —se golpeó el pecho—. Es fácil encontrar a Jean cuando no tiene trabajo.

—Entonces, quizá viste ayer a las dos personas que me interesan.

—¿Qué dos personas?

—Dos mujeres.

—Si no me dice algo más...

—Sí, muchacho, viajaban en un descapotable. Lo conducía una actriz. Su nombre es Marielle Renard. La otra mujer estaba a su lado, cubría la cabeza con un pañuelo de flores y gafas negras.

—Claro que las vi, señor. Les ofrecí mis servicios, pero ellas me rechazaron. Yo insistí como siempre tres o cuatro veces. La señora que conducía se puso furiosa conmigo, ¿y sabe una cosa? Terminó por darme cinco francos gratuitamente para que las dejase en paz.

—¿Sabes a dónde fueron?

Jean entornó los ojos.

—Fuera del pueblo. Y sé hasta la casa donde entraron.

Marcel dio un suspiro de alivio.

—Habla, muchacho.

—Bueno, señor, yo me gano la vida informando a los turistas.

—No tienes que preocuparte, Jean. Seré generoso contigo. Vamos a mi auto y me indicarás esa casa. ¿Te parecen bien veinte francos?

—Estupendo, señor, siempre que me pague adelantado.

—No te fías, ¿eh?

—Está muy mal la profesión. Hay tipos aprovechados que prometen mucho y luego no pagan.

Marcel le entregó los veinte francos.

Poco después corrían en el auto hacia el norte del pueblo.

—Es aquella casa de la colina.

Se veía un trozo de la casa entre los pinos. Tenía columnas de mármol y techo de teja. Marcel detuvo el vehículo.

—Eh. Jean, dijiste que encontraste las dos mujeres en la plaza.

—Sí señor.

—¿Cómo es posible que las vieses entrar en esta casa?

—Es la mar de sencillo. Me gustó una de las mujeres, la que conducía... Yo soy casi un hombre, y me gustan todas las mujeres bonitas. Ella era la más hermosa que he visto últimamente. No le enseñé la bicicleta que tengo en la plaza. Cuando el coche de ellas arrancó, fui detrás.

—Comprendo —dijo Marcel, y volvió a poner en marcha el auto por la serpenteante carretera que trepaba por la montaña.

Un centenar de metros antes de llegar a su destino, sacó el auto del camino y lo dejó entre unos pinos.

—Eh, ¿qué hace? —inquirió Jean.

—Quiero ir a pie. ¿Tú esperarás aquí?

—Claro que sí. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Es alguna de ellas su esposa y se le escapó de casa?

—No, no lo es —sonrió Marcel.

Palmeó amistosamente a Jean y continuó la ascensión a pie.

Poco después llegó ante una verja que estaba cerrada. Por entre los barrotes vio un jardín desierto, lo mismo que la escalinata que conducía al porche. La puerta de la casa estaba cerrada.

De pronto, le pareció notar que uno de los visillos se movía.

Observó con más atención aquella ventana, pero tampoco vio a nadie.

A la derecha había un botón que pulsó.

No le llegó el sonido del timbre, pero eso era lógico, teniendo en cuenta que la verja estaba bastante lejos de la casa.

Esperó un par de minutos.

Entonces se encogió de hombros, dio media vuelta y volvió por el camino que había seguido. Pero aquel gesto estaba destinado a cualquier persona que lo pudiese estar vigilando desde la casa.

Se internó por los pinos y trazó un semicírculo.

El muro medía dos metros y medio y el árbol más próximo no le servía para la escalada.

Entonces se dedicó a la labor paciente de acarrear piedras al muro. De esa forma, al cabo de quince minutos logró edificar una buena plataforma. Subió a ella y trepó al muro. Se izó a pulso y pudo llegar a lo alto. No vio a nadie a la otra parte y se descolgó.

Estaba cerca de la parte trasera de la casa, de modo que dio la vuelta por allí y subió por una escalera de piedra.

Se encontró ante una puerta. Trató de abrirla, pero estaba cerrada.

Tuvo que bajar otra vez la escalera acercándose a un corral que había visto y que estaba deshabitado. Había muchos alambres por el suelo. Tomó uno y lo preparó para abrir la puerta. En varias ocasiones había tenido que descerrar la puerta de su casa en aquel pueblo donde escribía sus novelas. Un novelista perdía muchas cosas porque estaba pensando siempre en las nubes, al decir de la gente.

Aplicó la ganzúa al ojo de la cerradura, y con su experiencia pudo abrir enseguida.

Sonó un chasquido.

Empujó la puerta y pasó dentro.

Se encontró en la cocina. En una mesa había algunos platos sucios de comida. El fogón estaba caliente.

Salió de allí y caminó por un corredor.

Llegó al vestíbulo que estaba envuelto en la penumbra.

A la izquierda había una escalera que conducía al piso alto, y enfrente dos habitaciones.

Caminó hacia la de la derecha, en la que había visto moverse el visillo.

La abrió con mucho cuidado y miró al interior, pero en aquella habitación no había nadie.

De pronto, oyó una voz femenina a su espalda:

—No se mueva. Tengo una pistola en la mano.

CAPÍTULO V

—¿Puedo volver la cabeza?

—Sí —contestó la mujer.

Marcel se volvió hacia la escalera, que era de donde procedía la voz, y vio a la joven junto a la baranda. No le había engañado. Tenía una pistola con la que le apuntaba.

Era muy hermosa. Eso se veía a simple vista. Se cubría con mi batín de tela muy fina, con flores verdes y rojas, gatas negras, y sombrero para tomar el sol, uno de aquellos que ahora llevaban las mujeres imitando a los modelos de los años veinte.

Marcel encontró algo familiar en aquella mujer, aunque de momento no supo qué cosa era.

—¿Quién es usted?

—Un ladrón.

—¿Un ladrón...? ¿Cómo se atreve a confesarlo?

—Bueno, estuve merodeando por ahí fuera y creí que aquí no había nadie.

—Lo vi llegar.

—Mala suerte para mí. Yo era quien tenía la obligación de verla a usted o a quienquiera que estuviese en la casa. Sólo asalto casas vacías. No me gusta hablar con la gente mientras trabajo.

—No le creo a usted.

—¿Qué es lo que no cree?

—Que sea un ladrón.

—¿Qué otra cosa puedo ser?

—Eso me lo va a decir usted.

Marcel fue a andar hacia la escalera.

—Quieto ahí o disparo.

—Si dispara contra mí, la ley la castigará. Recuerde que estamos

en Francia, un país donde no se puede matar impunemente a un ladrón.

—Es usted muy chistoso.

—Celebro que le haga gracia.

—No me hace ninguna. Y, por si le sirve de algo, me importa un rábano lo que opine la ley francesa.

—Eh, no debe decir eso, o será una mala ciudadana...

—Le voy a matar.

—¿Qué tontería está diciendo? Soy un honrado ladrón. Sólo me interesa la propiedad ajena, pero aquí he fracasado... Le propongo un pacto. Yo me marcho y jamás volveré a entrar en esta casa. Para mí, será sagrada. Puede irse donde quiera, dejarla sin servidores... Para mí, no contará. ¿Está bien así?

—¿Cuál es su nombre?

—Perdone, señora, pero un ladrón jamás debe decir su nombre. Casi siempre resulta peligroso...

—Ya veo que esta vez eligieron bien.

—¿Eligieron? ¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Y quiénes son ellos?

—No me engañará, lo sabe perfectamente, vino aquí a matarme.

—Oh, no, señora, quítese eso de la cabeza —sonrió Marcel, y mostró las palmas vacías—. No puedo matar porque no tengo ningún arma... Ande, baje aquí y regístreme.

—¿Me cree tan estúpida para hacer tal cosa? Sólo quiere que baje ahí para arrebatarme el arma.

—Muy bien, entonces haremos otra cosa, me quitaré la ropa. Naturalmente, hasta cierto punto. Yo le echaré todo ahí, la chaqueta, los pantalones, y usted los registrará. Le permito hasta que rasgue los forros. Entonces comprobará que no tengo ningún arma.

—Hay gente que puede matar sin necesidad de armas. Les basta con las manos.

—De modo que ahora soy un estrangulador.

—Veo el alambre en su bolsillo. ¿Es con eso con lo que me iba a matar?

Marcel se miró el bolsillo. Efectivamente, había dejado allí el alambre que le había servido para entrar en la casa.

—Es mi instrumento de trabajo... Una ganzúa. Se lo aseguro, señora, sólo eso... Bueno, he querido decir que sólo sirve para franquearme el paso.

—No le sirven sus excusas.

Asombrado, Marcel vio que su interlocutora arqueaba el dedo en el gatillo.

—Eh, no dispare.

—Dígame una razón para que no lo haga.

—¿Quiere que empecemos otra vez? Usted me acaba de sorprender en esa puerta y me pregunta quién soy.

—No hace falta que rectifique. Sé quién es, es un criminal enviado por ellos.

—¿Otra vez con lo mismo, señora? Mi nombre es Marcel Bloch y soy escritor de novelas policíacas. Hoy llegué a Cannes y me dispuse a tomar un baño en un lugar solitario de la costa. ¿Y qué cree que encontré? Un cadáver.

—No me interesa su historia.

—Debería interesarle, porque la muerta es su amiga.

—¿Qué amiga?

—Marielle Renard, la actriz de cine.

—No conozco a ninguna Marielle Renard.

Marcel dio unos pasos hacia ella.

Esta vez había logrado sorprenderla. El rostro de la mujer se había puesto mortalmente pálido.

—Claro que la conoce, señora. Usted viajó ayer con ella hasta aquí.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Unas cuantas personas que las vieron.

—No es cierto.

—Claro que lo es. Usted y Marielle se detuvieron unos momentos en la Hostería del Pato Salvaje, Marielle Renard bajó del auto para telefonar, y, usted permaneció en el asiento. Al cabo de unos minutos reemprendieron el camino hacia L'Esterel

. Su viaje acabó en esta casa. ¿Qué pasó después?

La joven había quedado sin habla.

Marcel vio cómo los labios femeninos temblaban. Un sexto sentido le advirtió que aquella situación era muy peligrosa para él.

Aquella mujer apretaría el gatillo de un momento a otro.

Saltó hacia la escalera.

Cuando ya iba por el aire, escuchó la detonación.

Pensó que la bala le habría destrozado la cabeza. Bueno, quizá la tenía en el pecho...

Una herida de bala no dolía de momento, en las primeras fracciones de segundo, él mismo lo había escrito muchas veces en sus novelas.

Estaba cayendo y no había logrado atrapar a la mujer.

De pronto, su hombro golpeó contra la pierna de ella.

Oyó un grito que brotaba de la garganta femenina y luego un golpe. Ella también había caído.

Marcel recibió a la hermosa mujer entre sus brazos y buscó ansiosamente la mano armada, para impedirle que pudiese disparar.

Ella hizo un movimiento brusco y los dos rodaron escaleras abajo, hasta la alfombra del vestíbulo.

—Maldito, suélteme.

Marcel había quedado encima de ella, sujetándole la mano con la que empuñaba la pistola. Ella forcejeó todavía unos instantes, pero, por fin, se dio por vencida.

—Ande, máteme ya.

—¿Olvida que es usted quien tiene el arma...? Ande, déjela caer.

La mujer abrió la mano y la pistola cayó a la alfombra.

Entonces, Marcel le quitó las gafas.

—¡Maldito! —gritó ella.

Asombrado, Marcel le quitó también el sombrero.

Entonces tuvo ante sí a la misma mujer que había visto ahogada bajo el mar, con aquel traje de mujer rana. A Marielle Renard.

—Usted es Marielle —dijo.

—No soy Marielle.

—Claro que lo es.

—Soy Monique Duval, la doble de Marielle Renard.

—No, no cuela. Usted es Marielle.

—Le he dicho que soy Monique.

—Demuéstrelo.

—¿De qué forma?

—Eso es cuenta suya.

—Muy bien, suélteme y se lo demostraré.

Marcel guardó la pistola en su bolsillo.

La joven se puso en pie, tironeándose del batín.

—Adelante, Monique. Dese prisa.

—Allí, en aquella habitación.

Señaló la que Marcel había elegido para entrar cuando fue sorprendido por la joven.

—Usted primero —dijo Marcel, haciendo una inclinación.

La pelirroja le precedió en el camino.

En una mesa había varias fotografías de pie. Monique tomó una y le dio la vuelta, mostrándola a Marcel.

—Ésta es Marielle.

Marcel vio a Marielle en compañía de varios hombres que no conocía. Estaban a la puerta de un estudio cinematográfico, donde al parecer se estaba rodando una película. La actriz se cubría con blusa y pantalón corto.

—Eso no me dice a mí nada —dijo Marcel—. Es igual a usted.

—No tan igual. Hay algo que nos distingue.

—¿Qué cosa?

—Observe la pequeña cicatriz que hay en el muslo de Marielle, cerca de la rodilla.

—¿Qué más?

—Yo no la tengo.

—Perdone, pero todavía no le vi las piernas.

—No me obligará a que se las ensene.

—Qué gracioso. Me dice que Marielle tiene una cicatriz, y usted no quiere enseñarme las piernas.

—Está bien, se las enseñaré.

Marcel se retiró dos pasos.

—Empiece.

Monique se subió el batín.

De pronto, les llegó una voz desde el hueco de la puerta.

—Eh, amigos, yo también tomé entrada para este espectáculo.

Monique lanzó un grito y dejó caer el batín.

Marcel alzó los ojos y vio a un hombre que había entrado en la habitación. Era un tipo alto, fornido, de ojos muy brillantes y nariz doblada a la izquierda. Tenía una negra pistola en la mano.

—Compañero —dijo Marcel—. Se equivocó de dirección.

—¿Quién lo dice?

—Aquí no necesitamos un sepulturero. Es en la casa vecina, donde se les murió el perro.

—Es un chiste muy malo, señor Bloch.

—¿Me conoce?

—Claro que sí, es usted un personaje muy famoso.

—¿Desde cuándo?

—Desde que descubrió cierto cadáver en la bahía.

—Ande, dígame quién es usted y estaremos en las mismas condiciones.

—Lo siento, amigo, pero está feo decir nombres.

—Entonces, ¿a qué vino aquí?

—A matar.

—Está bromeando.

—No, no bromeo. Vine aquí a matarla a ella, pero, mire por dónde, van a ser dos los cadáveres.

—Eh, muchacho, ¿por qué es tan fúnebre?

—Debe ser de familia. Recuerdo que mi abuela siempre iba de luto.

—Creo que comprendo algunas cosas.

—¿Qué es lo que comprende?

—Ella estaba esperando a un asesino. Me confundió con usted.

—Qué pena, ¿verdad?

—Ahora veo que la chica tenía razón.

Marcel quería entretener a aquel hombre, por si le daba una oportunidad para sacar la pistola del bolsillo. Sólo de esa forma conseguiría salir de aquel embrollo.

Evidentemente, el tipo de la nariz doblada era un asesino profesional. Hablaba con una tranquilidad pasmosa, como el fontanero que se hubiese llegado allí para arreglar la cañería.

Marielle o Monique continuaba sin habla.

Marcel la miró y la vio más pálida que antes, como si ya estuviese muerta.

—Amigo, ha asustado tanto a la chica, que está a punto de desmayarse. Será mejor que le aplique el frasquito de sales. Ahora recuerdo que lo dejé en el botiquín del cuarto de baño.

Echó a andar hacia el asesino. Éste se quedó un poco perplejo, aunque Marcel sabía que reaccionaría en fracciones de segundo.

Marcel se apartó de la línea de tiro.

A mitad del camino había un sillón y se dejó caer delante para que le sirviese de escudo. Mientras, sacó la pistola.

El arma del de la nariz doblada retumbó como un cañón del 42.

La bala zumbó por encima de la cabeza de Marcel, el cual recordó unas maniobras en que había participada durante su servicio militar. La Marina se equivocó de blanco y estuvo bombardeando la compañía por espacio de unos minutos. Apostó a que la bala del tipo se llevaría por delante la mesa, el muro de la casa y, quizá la mitad de la montaña.

No podía permitir al asesino que le lanzase otro obús.

Hizo su disparo arrodillado precariamente en el sillón.

Lo que vio le gustó mucho. Su proyectil alcanzó al tipo en las narices y se las estropeó más.

El grandullón golpeó contra la pared, soltó un gruñido y se vino abajo, irremisiblemente muerto.

La sala quedó envuelta en el silencio.

Marcel volvió la cabeza y vio a la joven que ahora parecía de mármol esculpido.

—Deme un *whisky* —recuperó el habla la joven.

—Yo también lo necesito —dijo Marcel.

Guardó la pistola y acudió a un mueble bar. Vertió en dos copas una ración de *whisky* y fue al diván, donde la pelirroja se había dejado caer.

La joven bebió el contenido de su copa.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Marcel, palmeándole la mano.

—Sí..., pero ya han descubierto mi escondite.

—¿Quiere decir que le mandarán más hombres?

—Seguro.

—¿Por qué la persiguen?

—Quieren matarme.

—Debe haber una razón.

—La tienen a su manera.

—¿Por qué no me cuenta la historia?

—No puedo. No hay tiempo.

—Claro que lo hay.

—¿Es que no se da cuenta? Vendrán más.

—Ahora tenemos una buena artillería, su pistola y la de ese

fulano.

Marcel la tomó del brazo.

—Señor Bloch... Ellos son unos sanguinarios, unos miserables sin conciencia... No sabe en qué lío se ha metido.

—Pero la tengo a usted para que me lo explique... Eso me recuerda el espectáculo que se ha perdido el asesino. Ya sabe, me iba a enseñar sus piernas.

—No bromeo.

—En primer lugar, ¿con quién estoy hablando? ¿Con Marielle Renard? ¿Con Monique, su doble?

La joven inspiró profundamente.

—Usted acertó al principio. Soy Marielle Renard.

CAPÍTULO VI

Marcel se rascó detrás de una oreja.

—La ha armado buena. Su primer marido, el segundo, el productor y todos los demás, están preparando sus funerales...

—Espero que alguno de ellos derrame una lágrima.

—Apuesto a que será su productor.

—Tiene motivos para llorar, porque no pienso volver al cine.

—¿Cuál es su plan?

—Huiré de aquí. Marcharé a América del Sur, lo he preparado todo. He de llegar mañana a Marsella. Embarcaré enseguida para Montevideo.

—Eh, un poco más despacio. No puede hacer las cosas tan fácilmente.

—¿Por qué no?

—No se puede marchar, dejando unos cuantos muertos a sus talones.

—Yo no he matado a nadie.

—A ese hombre de ahí lo he matado yo, pero ¿qué me dice de la mujer que descubrí bajo el agua, y que ya estaba muerta cuando la encontré?

—Yo tampoco la maté. Fueron ellos.

Marcel tomó su vaso y bebió un trago de *whisky*.

—Marielle, ha pronunciado unas cuantas veces esa palabra: «Ellos». Pero a mí no me dice nada. ¿No cree que ya es hora de que empiece a decir quiénes son «ellos»?

—Un grupo de la OAS.

—La Organización del Ejército Clandestino, ¿eh?

—Está un poco atrasada, Marielle. La guerra de Argelia terminó hace tiempo. Ahora la antigua provincia de Francia es una nación

independiente. La OAS acabó.

—Sí, oficialmente, pero todavía existen algunos hombres que pertenecieron a aquel ejército clandestino y que ahora se dedican a su negocio particular.

—¿Se refiere al pillaje?

—No, es algo más que eso. Se trata de un grupo de hombres que buscan un botín.

—Eh, Marielle, tendrá que aclarar eso. No me considero un hombre torpe, pero si me hace el relato a trompicones, resultará difícil que lo entienda.

—Todo empezó hace cuatro años, cuando ya se veía claramente que Francia concedería la independencia a Argelia. Yo vivía en Argel. Formaba parte de un comando de la OAS. Éramos seis personas, cuatro hombres y dos mujeres. El cuartel general nos confió una misión especial, atacar en alta mar un barco en ruta a Argel. Se llamaba el *Samotracta*.

—¿Con qué fin?

—Teníamos que apoderarnos de una mercancía especial. Joyas por valor de cinco millones de francos.

—Francos antiguos.

—No, señor Bloch, lo he traducido a francos modernos.

—Cinco millones... No está mal... ¿Cuál era la procedencia?

—Casi todo venía de Francia. Eran joyas que los comités del Frente de Liberación Nacional argelino reunía para sufragar los gastos de su causa. Habían hecho el viaje a Suiza y a Italia. Finalmente, pasaron a Grecia antes de ser transportadas a Argelia, desde un pequeño puerto del mar Egeo.

—¿Cómo resultó la misión especial?

—Fue un éxito, aunque en la lucha cayeron dos hombres del grupo.

—Así que lograron escapar del *Samotracta* con el botín...

—Sí, nos llevamos los cinco millones de francos en alhajas.

—¿Cómo llegaron hasta el buque?

—Durante la noche, tripulando una lancha. Ellos nos produjeron dos muertos, pero nosotros media docena.

—¿También tú luchaste en cubierta?

—Sí. Mi otra compañera se quedó en la embarcación. Cuatro hombres y yo teníamos que arreglárnoslas para apoderarnos de las

cajas que contenían las joyas.

—¿Y qué pasó después?

—Debíamos llegar a un puerto de Córcega, pero ocurrió algo en el camino, se averió el motor.

—Vaya, siempre sucede lo inesperado...

—El hombre que entendía de motores había muerto durante el ataque, de modo que nos encontramos aislados en medio del mar.

—¿Cómo salisteis del apuro?

—Pasó una lancha de pescadores y nos remolcaron hasta su pueblo. Estábamos lejos de nuestro destino, a unos doscientos kilómetros. Estoy segura de que no habría pasado nada, si hubiésemos llegado al punto señalado.

—¿Y qué es lo que pasó?

—¿No lo imagina?

—Peleasteis por el botín.

—No fue cosa mía, sino de la otra mujer. Se llamaba Lydia. Había engatusado a uno de los muchachos, a Edgar. Durante la noche se dispusieron a matarnos. Eso fue lo que habían tramado. Lydia me pegó una cuchillada, pero logré escapar y huí. La otra víctima no tuvo tanta suerte. Edgar lo degolló de un solo tajo. Pude verlo antes de salir de la cabaña que los pescadores nos habían destinado... Edgar vino detrás de mí. Tuve que correr mucho. Echaba mucha sangre por la herida que la perra de Lydia me había hecho en un hombro. Encontré una Cueva en el camino. Me dije que no correría más, que si Edgar entraba allí, dejaría que me matase. Pero tuve suerte. Edgar no me encontró.

Marielle hizo una pausa y le quitó a Marcel el vaso de *whisky*. Después de beber un trago, prosiguió:

—Cuando se hizo de día, me asomé a la boca de la cueva y vi un cadáver en la playa. Era ella, Lydia. Yo no le había hecho nada, y el único superviviente era Edgar, de modo que imaginé lo demás. Edgar había matado a Lydia para quedarse solo con el botín.

»Decidí regresar al pueblo y pedir auxilio a las autoridades, pero un pescador me dijo que me estaban buscando.

—¿Por qué?

—Me acusaron de ser la asesina de Lydia y los demás.

—¿Y Edgar?

—Había desaparecido, pero antes había preparado bien las

cosas, comprando a los pescadores que nos trajeron. Ellos negaron la existencia de Edgar, dijeron que sólo habían recogido a dos mujeres y un hombre, y la otra mujer y el hombre estaban muertos. Conté la verdad, la historia de los cinco millones, pero creyeron que yo estaba loca. Naturalmente, no podía hablarles de nuestra organización. Se disponían a juzgarme por el doble asesinato. Yo sólo tenía una salida. Escapar. Huir de allí. Si no lo conseguía, estaba perdida. Me pasé varios días dando la impresión que me conformaba con mi suerte, y una noche...

—¿Qué hiciste?

—Cuando el carcelero entró para traerme comida, lo dejé sin sentido, pegándole con el jarro del agua. Luego, huí. Me fui al puerto, tenía que encontrar una embarcación que me llevase a alguna parte, lejos de mis perseguidores. Descubrí un yate en el puerto. A través de la ventanilla, vi a un hombre bien vestido. Sin dudar, entré en el yate y me presenté ante él. Le pedí auxilio, que me sacase de allí. Le conté la verdad. No sé si me creyó, pero decidió ayudarme. Supe la razón cuando me encontraba en alta mar. Le había gustado. Era un holandés, un fabricante de aparatos de óptica. Costeando por el Mediterráneo y el Atlántico, llegamos a Rotterdam al cabo de unas semanas... Bueno, luego pasaron muchos hombres por mi vida. Mi físico resultaba agradable a los hombres. Fui de una parte a otra, hasta que conocí en Suiza a Claude, un director de cine. Buscaba una chica para hacer una película. Yo le gusté y me propuso que fuese su protagonista... En fin, luego se casó conmigo... Vino el éxito. Todo aquello de la aventura en el *Samotracia*, el comando de la OAS y la muerte de mis compañeros, quedaba muy atrás. Parecía formar parte de una pesadilla.

—¿Por qué te divorciaste de Claude?

—Tiene que drogarse continuamente. La vida a su lado era insoportable. De vez en cuando le daban ataques de celos... No podía vivir a su lado.

—Hasta ahora, no me has explicado nada que tenga que ver con la muerte de Monique, tu doble.

—La confundieron conmigo y por eso la mataron.

—Te refieres a «ellos», a tus amigos compañeros de la OAS.

—Sí. Debieron pensar que yo me fugue con Edgar y los cinco millones.

—Pero eso no ha ocurrido súbitamente. Has debido de tener noticias de ellos con anterioridad.

—Las tuve.

—¿Cuándo?

—Ayer, en mi hotel. Me hicieron una llamada tele, fónica. Mi verdadero nombre no es Marielle. Cuando trabajaba en la OAS era Claudine Prevost.

—¿Quién te llamó al hotel?

—No lo dijo. Era una voz de hombre. Deseaba hablar con Claudine Prevost. Le contesté que se equivocaba, y el hombre que estaba a la otra parte dijo que sabía perfectamente que Claudine Prevost y Marielle eran la misma persona. Negué otra vez y entonces el hombre dijo que me dejaría en paz si les devolvía el botín del comando suicida... Me daba veinticuatro horas de plazo para que lo pensase. Al cabo de ese tiempo, si no había devuelto lo que les pertenecía, me matarían. Tuve miedo. Conozco a mis antiguos compañeros. No vacilaban ante nada. Sólo tenía un recurso. Huir de nuevo.

—¿Por qué no avisaste a la policía?

—No podía decirles quién era o se armaría un escándalo, truncaría mi carrera...

—Huyendo también truncarías tu carrera.

—Estaría algún tiempo escondida y luego quizá se olvidarían de mí.

—No seas infantil. Tu plan fue otro. Huir con Monique, tu doble, y arreglártelas para que ella ocupase tu lugar...

—¿Me crees tan estúpida? Eso habría sido una tontería por mi parte. ¿Cómo iba a lanzar a Monique sobre ellos...? La habrían atrapado y habría cantado. Ellos terminarían por descubrir que ella no era Marielle o la Claudine que buscaban.

—Eso esperaba que dijese.

—No te comprendo.

—Te he tendido una trampa y has caído en ella. Te lo explicaré enseguida. Tú mataste a Monique.

—¿Qué tontería es ésa?

—La mataste con la idea de fingir un accidente. Marielle se echó a reír.

—Estás chiflado.

—No, no lo estoy. Tenía mis sospechas y tu historia me acaba de confirmar que no andaba desencaminado.

—Querido, ¿por qué no dices cosas más agradables? —Hizo un gesto de coquetería, poniéndole un dedo en los labios.

Él le apartó la mano.

—Si encontraban muerta a Monique, la podrían tomar por Marielle y entonces te dejarían en paz.

—No me gusta que me llamen asesina.

—Tenías experiencia en matar. Tú misma lo has dicho, nena. Formaste parte de aquél comando suicida de la OAS.

—Supón que has dado en el clavo. ¿Qué vas a hacer?

—Entregarte al inspector Forestier, de la policía judicial. Está encargado del caso de la mujer ahogada.

—No harás tal cosa. No existen pruebas.

—Contaré todo lo que sé al inspector.

—Maldito, todo lo que sabes me lo debes a mí. ¿Es así como me lo vas a pagar?

—Lo mejor para ti ahora es la cárcel, nena. ¿Todavía no te diste cuenta? —Marcel señaló el cadáver que estaba tendido junto a la pared—. Ellos saben que estás viva, no mordieron el anzuelo. Por eso te enviaron a ese tipo... Mataste estúpidamente a Monique... Ellos quieren tu piel y sabrán que ese hombre ha fracasado. Tu cabeza continúa con la etiqueta puesta... Entre rejas, estarás segura.

—¡No quiero ir a la cárcel!

—Debiste pensarlo un poco antes de decidirte a matar a Monique.

—Era una mujer sin seso.

—Todo el mundo tiene derecho a la vida, y no creas que has demostrado tener mucho más seso que ella. Anda, prepárate, nos vamos.

—¿Adónde?

—Ya te lo he dicho. A Cannes.

Marielle se acercó a Marcel y le echó los brazos al cuello.

—Marcel, no hagas eso.

—Lo siento, nena, pero no puedo elegir.

—Claro que puedes, y me eliges a mí.

—Eres muy hermosa, pero no me engatusarás.

—Bésame, Marcel.

—¿Para qué? Ya no vale la nena.

—Todavía no te he dicho todo...

—No importan los detalles.

—Me refería a la historia principal, a los cinco millones de francos, a las alhajas del *Samotracia*.

—Claro que lo dijiste. Edgar se quedó con todo.

—Edgar desapareció. Tú y yo lo atraparemos. Sé dónde está Edgar. Se ha convertido en un potentado. Imagínate, cinco millones de francos... debió invertirlos bien. Naturalmente, ha cambiado de nombre...

—¿Cuándo lo descubriste?

—Esta mañana.

—¿Y dónde está?

—Ya te interesa, ¿eh?

—Un poco.

—Lo suponía, querido —dijo ella, y le besó en la boca.

Marcel la apartó de sí.

—¿Dónde está Edgar? —repitió.

Ella sonrió.

—No te lo diré hasta el momento oportuno.

—¿Por qué no?

—¿Quién me asegura que no me vas a traicionar?

—Nena, has de tener confianza en mí.

Marielle se dirigió hacia la mesa y se escanció una nueva ración de *whisky*.

—Ahora te tengo en mis manos y harás lo que yo quiera —sonrió, levantando su copa—. Sí, Marcel, tendrás que obedecerme, si quieres tener una parte de los cinco millones.

De pronto, algo golpeó contra los cristales de la ventana, que se hicieron añicos.

Se produjo una llamarada y una explosión. Marcel se derrumbó en el suelo. Oyó un grito infrahumano.

Alzó la cabeza, sintiendo que la sangre corría por su cara. El cuadro que vio fue dantesco. Marielle estaba cubierta por las llamas, junto a la pared. Su brazo derecho era un despojo.

Alguien había arrojado desde fuera una bomba.

Marcel se maldijo por no haber pensado que el de la nariz doblada pudiese haber llegado allí con un cómplice, y eso era lo que

había ocurrido.

Pero no le quedaba tiempo para pensar en lo que debía haber hecho.

Atrapó la alfombra y corrió hacia Marielle, cubriéndola con ella.

Un fuerte olor a carne quemada le picó en las narices.

Al cabo de un minuto, quitó la alfombra de encima de la joven, pero comprendió que había servido de muy poco. Era evidente que el hombre que había estado en la otra parte de la ventana esperó su momento, lo cual ocurrió cuando Marielle fue a llenarse el vaso de *whisky*.

El rostro de Marielle era una máscara horrible, ennegrecida.

—Te llevaré a un hospital.

—Ya... no hace... falta.

Marcel sabía perfectamente que los doctores no tenían nada que hacer con Marielle.

—Tenías razón... Yo maté a Monique.

La joven cerró los ojos e hizo una mueca de dolor.

—Marielle —repuso Marcel—. Ha sido Edgar quien te envió a los asesinos... Tú tenías razón, querían acabar contigo... Edgar ha debido pensar que pretenderías una parte del botín. Quiso quedarse solo y ahora, al descubrirete, ha querido evitar cualquier peligro que viniese de tu parte... Daré con Edgar, te lo juro... Dime quién es.

Marielle abrió otra vez los ojos y Marcel vio en ellos reflejada la muerte.

Se iba a morir sin decirle nada.

—Una sola palabra, Marielle... Sólo una...

—Yate... *Nirvana*...

Luego de decir eso, Marielle expiró.

CAPÍTULO VII

—¿Sabe que es la historia más fantástica que me han contado en mi vida? —El inspector Forestier miró el habano que se le había apagado.

—Le he dicho la pura verdad —repuso Marcel, sentado frente a él en un sillón.

El inspector encendió un fósforo y aplicó la llama al cigarro, del que quitó la ceniza con ayuda del dedo pulgar. Dio dos chupadas y se interrumpió mirando a Marcel.

—Podría escribir una novela con todo eso.

—Quizá la escriba.

El inspector apagó el fósforo y lo dejó sobre un cenicero. Rió por lo bajo.

—Comando suicida... OAS... Frente de Liberación Argelino... Cinco millones en joyas... Muertos, degollados... Una mujer ahogada, otra que muere por efectos de una bomba... Sin contar la que, según Marielle, murió degollada con un tajo en el cuello... ¿Dónde quiere que meta todo eso?

—En la carpeta correspondiente.

—Sí, ya está todo metido. Pero ¿sabe qué pasaría si yo enviase eso a mis superiores...? Pensarían que me he vuelto loco.

—¿Qué sabe del yate *Nirvana*?

—Nada. No sé nada.

—¿No hay ninguno anclado en el puerto que lleve ese nombre?

—Ninguno.

—Bueno, en esta parte de la costa hay muchos puertos. Puede estar en cualquier otro.

—Por si le sirve de algo, va pensé en eso. He pedido información acerca del yate llamado *Nirvana* a todos los puertos⁷ del

Mediterráneo.

—Gracias, inspector.

—No hay de qué darlas. Yo también estoy interesado en el asunto. No lo olvide. Marcel esbozó una sonrisa.

—Pensé que no había dado crédito a mi historia.

El inspector soltó un gruñido.

—Es posible que Marielle le dijese otra cosa y usted entendiese *Nirvana*... Esas confusiones ocurren cuando se trata de descifrar las palabras de una moribunda.

—Lo escuché perfectamente. Dijo *Nirvana*.

—De acuerdo, novelista. Fue *Nirvana*, pero le aseguro que si se encuentra en aguas francesas, tendremos noticias de él.

—Espero me las comunique.

—Cómo no, señor Bloch. Cuente con la ayuda de todo el Departamento.

—Muy amable, señor Forestier. Y ahora, si no me necesita, quisiera tomar mi baño y mi ración de sol.

—Vaya, muchacho, pero, por favor, deje cada muerto en su sitio.

—Haré todo lo posible, inspector.

Marcel regresó a su hotel. Iba a quitarse la ropa para ponerse el bañador.

Se encontraba en paños menores, cuando se abrió la puerta y entró Ivonne.

—Eh, tú, miserable.

—Ivonne, ¿es que sólo puedes entrar en mi habitación cuando me estoy desnudando? —repuso Marcel, cubriéndose con el batín.

—Déjate de pamplinas... Eres un traidor. Me prometiste la primicia de la información y me acabo de enterar por la prensa —le arrojó un diario a la cara.

El periódico cayó al suelo, quedando abierto por la primera página, donde aparecía una fotografía de Marcel sonriendo. Los titulares decían: «Un escritor de novelas policíacas encuentra un cadáver por hora».

Marcel sacudió la cabeza y miró a Ivonne, que estaba con los brazos en jarras.

—Al llegar a la ciudad, y antes de ir a la comisaría, te hice una llamada telefónica al hotel. Pero no estabas.

—Nadie me ha dicho en el registro que me hiciesen una llamada

telefónica.

—Bueno, cuando me informaron que no estabas, no dije mi nombre.

—Embustero... Has arruinado mi carrera.

—Oye, cariño, todavía puedes entrar en el apartamento de Bernard Baroti y decirle que sólo gracias a ti he podido descubrir quién era realmente Marielle Renard...

El inspector Forestier y Marcel habían quedado de acuerdo en no dar a la publicidad la historia relacionada con los cinco millones de alhajas sustraído al FNL por el comando suicida de la OAS. La muerte de la verdadera Marielle se debía a una misteriosa explosión cuyo origen aún no se había descubierto.

—Te crees muy listo, ¿verdad? ¿O sólo gracioso?

—Ni una cosa ni otra. Un término medio.

—Oh, sí, olvidaba que te ganas la vida con tu ingenio.

—Gracias por concederme alguno.

—Sólo eres un vival. ¿Lo oyes bien? Un aprovechado. Te lo dije la primera vez que te vi, cuando me besaste, y te lo vuelvo a repetir... Estúpida de mí, ¿pero qué clase de ingenua soy yo...? Las dos veces me utilizaste para satisfacer tu juego.

—Eh, nena, una muchacha tan bonita como tú, no debe decir frases como ésa.

—He hablado con Baroti y no me ha querido dar el papel de la próxima película que iba a rodar Marielle Renard.

—¿Por qué?

—Porque ya lo dio a otra.

—Estoy seguro que volverá de su acuerdo.

—No volverá.

—¿Por qué estás tan segura?

—Estoy arruinada, ¿lo entiendes? Completamente arruinada.

—Bueno, eso no es culpa mía.

—Claro que lo es. Si le hubiese contado lo que sabía acerca del acompañante de Marielle, todo hubiese salido perfecto.

—Es sólo una suposición tuya. Además, eso has ganado.

—¿Cómo que he ganado?

—¿Puedo hablarte con sinceridad, Ivonne? No sirves como actriz. Eres floja.

—Te voy a romper la cabeza.

—Lo importante es que eres bonita y atractiva...

—No quiero ser sólo bonita y atractiva, sino una buena actriz.

—Me temo que no lo serás nunca. Alguien te llenó la cabeza de pájaros. Seguro que fue ese agente de publicidad que te agenciaste, el pelirrojo...

—Gilbert no tiene ninguna duda de que llegaré muy alto.

—¿Qué va a decir él? Se dedica a eso, a engañar a las muchachas.

—A mí no me ha engañado.

—Es lo que tú crees.

La joven entornó los ojos.

—Tengo la impresión de que lo hiciste intencionadamente.

—¿Qué cosa?

—No me avisaste de lo que habías descubierto para evitar que Baroti me contratase.

—Continuaré siendo sincero. Acertaste.

La joven agrandó los ojos.

—¡Cínico! ¡Farsante! ¡No tienes vergüenza!

Marcel cruzó los brazos.

—De modo que te digo la verdad y me insultas.

—Dices la verdad, pero sólo estás confesando una traición.

—Que hice por tu bien.

—¿Quién sabe dónde está la felicidad de cada cual?

—¿También es tuya esa frase, querida?

—No. Forma parte del guión que Gilbert me dio a estudiar. Lleva tres meses dándome clases de teatro.

—Podría estar cinco años más y no sacaría mucho más de ti.

Las aletas de la nariz femenina palparon.

—¿Ya has terminado de decir lindezas?

—No, todavía no.

Marcel se acercó a la joven y la tomó por los brazos.

—Yvonne, abandona eso.

—Mil veces no.

—Tengo un amigo que trabaja como guionista en el cine, y durante algún tiempo, trató de conseguir que yo entrase en esa jaula de grillos. Puedo hablarte con conocimiento de causa, Yvonne... Es un mundo corrompido. Seres que no conocen lo que es piedad... Cada uno de ellos es una fiera luchando en la jungla por

su presa... Y pelean con todos los medios a su alcance, con uñas y dientes, sin importarle dónde pegan el bocado o el zarpazo.

Yvonne había quedado inmóvil escuchándole atentamente. De pronto, pareció volver en sí.

Pegó un manotazo librándose de Marcel.

—Casi llegaste a embaucarme.

—No pretendo embaucarte. Sólo hacerte comprender la realidad de esa vida ficticia que pretendes abrazar.

—Sólo has pintado el lado amargo.

—No existe el dulce.

—¿Qué hay del triunfo, del aplauso?

—Admito que eso es bueno, pero engañoso, y tampoco resulta compensatorio.

—Yo creo que sí.

—No te puedo convencer, ¿verdad?

—Nunca me convencerías —dijo ella, alzando la barbilla.

—No has pensado en tener un marido y unos hijos.

—Claro que he pensado. No es incompatible con el trabajo en el cine.

—En mis contactos con la gente del cine, nunca encontré un matrimonio que fuese feliz.

—Pues los hay.

—Quizá, pero será uno entre mil. Nunca podrías ser una buena esposa ni una buena madre.

—¿Ya has terminado el sermón?

—No era un sermón. Sólo trataba de devolverle un poco de sentido común a una muchacha que lo ha perdido.

Eso puso mucho más furiosa a Yvonne. Miró a su alrededor, seguramente en busca de un jarrón que estrellar en la cabeza del novelista, pero estaba demasiado lejos y decidió que no valía la pena ir a por él.

—Quiero que sepa una cosa, señor Bloch —dejó de tutearlo con voz solemne—. Cuando pase por mi lado, hágame un favor. ¡Ignore que existo!

—A su gusto, señorita Reure —dijo él, imitándola, aunque con mucha ironía.

La joven dio un bufido y salió de la habitación a paso de carga.

Cuando Marcel se encontró a solas, no pudo por menos que

sonreír.

La chica era simpática y bonita, aunque le hubiese dado por el cine.

Bien, ahora sólo debía pensar en su baño y en dorarse al sol.

Viajó en su auto hasta el lugar donde había encontrado muerta a Monique, la doble de Marielle.

Al llegar allí, detuvo el vehículo, recordando todo lo que había ocurrido el día anterior. Luego, prosiguió camino adelante y se detuvo a unos tres kilómetros.

Al sumergirse en el agua abrió los ojos con el temor de ver otro cadáver. Pero esta vez no había ninguno.

Durante las dos horas siguientes permaneció allí, nadando en el agua o echado sobre las rocas.

Era ya más de mediodía cuando regresó al hotel. Se le había abierto el apetito.

Estaba tomando una ducha cuando sonó el teléfono.

Sin secarse, salió del cubículo y tomó el auricular.

—¿Sí?

—¿Señor Bloch? —dijo una voz.

—Soy yo. ¿Qué pasa?

—Tengo que darle una mala noticia.

—No me diga que me multaron los agentes de tráfico por dejar el coche mal aparcado.

—Muy chistoso, señor Bloch. Se trata de una persona que usted conoce.

—¿Quién?

—Yvonne Reure.

—¿Qué le ha pasado a Yvonne?

—Todavía nada, sólo que está en nuestro poder.

—¿Qué es eso de que está en su poder? ¿Quién es usted?

—Un poco de calma, señor Bloch.

Marcel inspiró profundamente. Sí, debía tener mucha calma.

—Está bien, hable.

—Señor Bloch, queremos que acuda a una cita. Tenemos muchos deseos de conocerle. Por eso decidimos asegurarnos de que no iba a faltar.

—Eh, oiga, ¿qué hijo de perra es usted?

—Señor Bloch, dice palabras muy mal sonantes... Palabras que

podía tragarse dentro de muy poco rato.

—Suponga que no voy.

—¡Qué lástima de Yvonne! ¿Le ha visto bien la cara?

—Claro que la he visto.

—Es muy bella, ¿verdad, señor Bloch? Tiene una cara maravillosa, y su nariz respingoncilla resulta la mar de agradable. Pero ¿qué pasaría si esa nariz desapareciese?

—No será capaz.

—Tengo un compañero que maneja muy bien la navaja. ¿Sabe cuál es su vicio? Unas personas fuman, otras beben... Bueno, el de él es hacer rebanaditas con las narices de las chicas monas.

—¿Qué quieren de mí?

—Ya lo sabrá, señor Bloch.

—¿Dónde he de ir?

—Antes he de hacerle una advertencia.

—No se la calle.

—Si intenta llamar a la policía, le juro que...

—No voy a llamar a la policía.

—Sabemos que le he caído bien a un inspector de la policía judicial... No tenga la tentación de avisarle, señor Bloch, o a la señorita Reure le pasarán cosas más graves que la pérdida de la nariz.

—Descuide, iré sin avisar a nadie.

—Eso está bien, señor Bloch. Salga del hotel sin mucha prisa. Déjese ver en la puerta y cuente hasta cinco. Entonces se va por su auto. Ha de ir a la rué Gargonnière. Deténgase unos diez metros antes de llegar a la esquina del bulevar Parrish. Encienda un cigarrillo y quédese al volante.

—¿Qué más?

—No se preocupe. Lo otro corre de nuestra cuenta.

—De acuerdo, muchacho, ahora mismo salgo.

—Ha de estar en la puerta del hotel en cinco minutos.

—No puedo.

—Claro que podrá.

—Oiga, ¿ha probado a secarse después de tomar una ducha y vestirse en un minuto y medio?

—Usted es un muchacho muy rápido. Lo conseguirá. —Dijo su interlocutor, y colgó.

Ya estaba, sudando y acababa de tomar una ducha.

¿Y si todo aquello era una trampa? ¿Y si Yvonne se encontraba en su habitación? Se puso a golpear la horquilla.

—Señorita, quiero hablar con Yvonne Reure.

—Le pongo con su habitación, señor Bloch.

Marcel dio las gracias y esperó veinte segundos.

—Señor Bloch —dijo la voz de la telefonista—. No contestan. La señorita Reure no debe encontrarse en su habitación. ¿Quiere que insista?

—No, gracias.

Ahora ya no tenía ninguna duda. El desconocido que le había hablado por teléfono le había dicho la verdad. Yvonne había sido secuestrada para que él no pudiese faltar a la cita. Malditos fuesen.

Se movió como un autómatas, pero invirtió algo más del tiempo señalado por el tipo para llegar a la puerta del hotel.

Desde la puerta miró a su alrededor, a la gente que pasaba y a la que estaba detenida.

Todo el mundo le pareció sospechoso. El tipo que leía el diario junto a la farola, aquel otro que parecía esperar un taxi libre...

Echó a andar adonde tenía el auto estacionado, y poco después se ponía en camino hacia la rué Gargonnière.

Detuvo el auto donde le habían dicho, a unos diez metros del bulevar Parrish.

Encendió un cigarrillo y se puso a mirar la calle.

Pasaba muy poca gente.

De pronto, vio por el espejo retrovisor a un hombre que se acercaba por el bordillo de la acera. Era un tipo alto, desgarbado, de nariz aguileña. Se cubría con jersey blanco, pantalón azul y mocasines. El cabello le caía a rizos per la frente.

Se detuvo junto al auto y habló por el hueco de la portezuela.

—¿Tiene fuego, amigo? —Estaba mostrando una punta de cigarro.

—Sí, claro que tengo —dijo Bloch y le alargó la caja de fósforos.

El larguirucho encendió la punta del cigarro, mientras sus ojos miraban a un lado y otro, delante y detrás del auto de Marcel.

Hizo un saludo con la mano y echó a andar alejándose por la acera.

Marcel lo siguió con la mirada.

El largo llegó hasta la esquina del bulevar Parrish, se detuvo miró por aquel lado y luego regresó andando cansadamente. Se detuvo otra vez junto al auto.

—¿Seguro que no trajo a nadie, Bloch?

—Seguro.

—Sería muy malo para usted y peor para la chica, si hubiese desobedecido.

—No se preocupe, todo marcha bien.

—Corriente, amigo.

El largo abrió la portezuela del asiento trasero y se dejó caer dando un suspiro.

—¿Adónde vamos? —preguntó Marcel.

—Sin prisas, amigo. Hace mucho calor para molestarse. Doble por el bulevar y ya le diré por dónde tiene que ir. Quiero cerciorarme antes de que no me ha engañado.

—¿Todavía no está convencido?

—Claro que no. Pudo avisar a un amigo suyo, por ejemplo, al poli Forestier, y esa gente sabe trabajar.

—No, no avisé a nadie.

—Usted a callar y a obedecer. ¿De acuerdo, Bloch?

—¿Cómo he de llamarle?

—Con Freddie bastará... Ande, ponga en marcha el coche.

—Sí, Freddie —asintió Bloch.

CAPÍTULO VIII

Yvonne estaba sentada en una silla.

En la misma habitación había dos hombres. Uno que era muy gordo se dedicaba a beber *whisky*. El otro, en mangas de camisa, rubio, de cejas blancas, estaba trabajando un objeto de madera con ayuda de una navaja.

—Eh, chica, ¿te gusta? —El rubio acercó el objeto a Yvonne. Era una bailarina—. Sólo la empecé hace un rato. Se parece a ti, ¿verdad?

—No le encuentro ningún parecido.

—Tiene tus mismas piernas. Se nota sin necesidad de verlo. Tienes unas piernas muy largas, como esta bailarina.

—Calle ya, desgraciado. El rubio se echó a reír.

—Eh, Max, la chica tiene malas pulgas. —Déjala en paz.

—¿Quién se mete con ella? Sólo estaba haciendo un comentario.

—No te pagan para que hagas comentarios.

—Eh, Max, no me gusta que me hablen en ese tono.

—¿Quién es el jefe aquí?

—Tú.

—Pues eso es lo único que debes tener en cuenta y dejarte de bailarinas, de la chica y de sus piernas.

El rubio miró al gordo con ojos llenos de odio. Apretó el mango de la navaja y sus nudillos se tornaron blancos. Los dos se estaban mirando fijamente a los ojos.

—No me gusta que me mires así, Vincent —dijo el gordo Max.

—¿Cómo te miro?

—Yo te lo diré. Como si desearas rajarme la barriga.

—Qué tontería, eres mi jefe, Max. No puedo hacerte daño.

—Vuelve a tu sitio.

El rubio Vincent hizo un gesto afirmativo y volvió a la silla que ocupaba.

Continuó trabajando con la punta de la navaja en la madera.

La puerta se abrió dando paso a dos hombres.

Eran Marcel Bloch y el larguirucho que respondía al nombre de Freddie.

Marcel miró a los personajes que había en la estancia y luego se acercó a Yvonne.

—¿Qué te han hecho?

—Nada... todavía.

—Lo celebro. ¿Quiénes son estos hombres?

—No lo sé. Dijeron que me traían aquí para tenderte una trampa.

—Sí.

—¿Y por qué has caído, estúpido?

—No podía dejarte aquí con ellos. El cine habría perdido una hermosa estrella y eso no me lo perdonarían los millones de admiradores que vas a tener.

El gordo Max soltó un par de gruñidos.

—Eh, Bloch, no vino aquí para charlar con ella.

—¿Cuál es su nombre?

—Max.

—Está bien, Max, déjela libre a ella. Ése ha sido el trato.

—No hicimos ningún trato.

—Se supone que sólo quieren mi piel.

El rubio intervino:

—Yo quiero la de ella.

Marcel observó al rubio.

—¿Quién es, Max?

—Mi compañero Vincent... No es mal chico.

—Sí, no debe serlo mientras duerme. Max, insisto en que la chica tiene que quedar libre de esto.

—Se irá. No te preocupes, Bloch. Sólo te queríamos a ti y ya te tenemos. Pero no me gusta que nadie venga acá dando órdenes... Hablemos de ti, ¿qué sabes del asunto?

—¿Qué asunto?

—Sabes a qué me refiero. Lo que te pudo decir Marielle o Claudine.

—No me dijo nada.

—Malo, muchacho. Ese camino sólo puede conducirte al infierno. Escucha bien esto: estuviste a solas con Marielle en aquella casa hasta que Vincent soltó la bomba.

—De modo que fue él.

—Sí, le gusta la navaja, pero alguna vez utiliza otras armas.

El rubio despegó los labios.

—Eres un suertudo, Bloch. Debiste abrasarte con ella.

—Me pilló un poco retirado de la explosión.

El gordo Max hizo un gesto con la mano para que Vincent callase.

—Bloch, te he hecho una pregunta. Responde a ella.

—Sólo me explicó por qué había matado a Monique, para que creyesen que ella, Marielle, estaba muerta. Sólo eso.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Es lógico que tú le hicieses presuntas. Por qué la perseguían, quiénes son los perseguidores y todo eso.

—Sí, es cierto. Hice preguntas, pero no hubo respuestas. Quizá si hubiese tenido más tiempo, habría conseguido que hablase, pero tu amigo el rubio tiró la bomba, y se acabó.

—¿No te explicó Marielle lo que había sido ella antes?

—No.

El rubio Vincent intervino:

—Max, ¿es que le vas a creer?

—Déjalo. No es cosa tuya.

El gordo Max dio unos pasos por la estancia. Al fin se detuvo y dijo:

—Fredie, te vas a llevar a la chica.

—Está bien.

El rubio Vincent intervino otra vez:

—Yo seré quien la lleve.

—No, Vincent, tú te quedas —dijo Max.

—¿Qué más da que sea uno u otro?

—He dicho que tú te quedas.

Vincent apretó los maxilares. Otra vez sus ojos miraron con odio al gordo. Pero sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Como tú quieras, Max.

—Así está mejor.

Fredie tomó a la joven por el brazo.

—Anda, vamos, chica.

—No quiero irme —dijo Yvonne.

El rubio Vincent se echó a reír.

—Eh, muchachos, mírenla, prefiere estar con nosotros.

Marcel dio un paso hacia la joven.

—No sabes lo que dices, Yvonne. Te vas a ir a la calle. Fredie te dejará a la puerta del hotel. ¿No es así, Fredie?

—Desde luego.

—¿Crees que no sé lo que van a hacer contigo? —habló Yvonne.

—Calla.

—Te van a matar.

—Oh, no, Yvonne, te equivocas. Estos muchachos y yo vamos a hacer una partida de *póker*, fue por lo que me trajeron aquí. Mientras tanto, hablaremos de nuestras cosas. Te veré mañana en el hotel... Se me ocurrió que podíamos ir juntos a nadar. ¿De acuerdo?

Le estaba diciendo con la mirada que debía conformarse, pero no sabía si lo comprendería.

—Está bien, me marcharé —asintió Yvonne.

Marcel dio un suspiro de alivio. Si había una oportunidad para él, la aprovecharía mejor estando solo que en presencia de Yvonne.

La joven se levantó.

Fredie hizo una señal con la cabeza para que le precediese en el camino a la puerta.

La joven se puso de puntillas y besó a Marcel en la comisura de la boca.

—Espero nadar contigo mañana, Marcel.

—No puedo perdérmelo.

El rubio se echó a reír.

—Eh, nena, tendrás que buscarte a otro.

—Calla, estúpido —dijo Max.

Fredie empujó a Yvonne hacia la puerta y los dos salieron.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Marcel chascó la lengua.

—Bueno, Max, no sé por qué me retenéis aquí. Podríais haberme dejado que yo acompañase a la muchacha.

—¿Qué clase de tarugo eres? —dijo el rubio, furioso—. Ella no saldrá de la casa.

—¿Por qué no cierras el pico, maldito? —dijo Max.

Marcel sintió que la sangre le quemaba en las venas.

—Eh, Max, explícame eso.

—No creas a Vincent.

—No tengo más remedio que creerle. Fredie no se ha llevado a la chica al hotel. La ha conducido a otra habitación de esta misma casa... Comprendo vuestro juego. No queréis exponeros a que la muchacha os denuncie. Pero puedo aseguraros que si hablo con ella guardará silencio.

Max se rascó detrás de una oreja.

—Eso lo pensaré después. Dependerá de cómo te comportes. Has de decirnos todo lo que te contó la muchacha.

—Ya te dije que no me contó nada.

—Eso lo vamos a saber ahora... Anda, Vincent, veo que le tienes ganas. Demuéstrale cómo manejas la navaja.

El rubio se puso en pie y dejó sobre la mesa la bailarina que había esculpido.

Echó a andar esgrimiendo la navaja, apuntando al estómago de Marcel.

—Bloch —dijo Max—. Lo que te dije cuando te hablé por teléfono del hombre que maneja la navaja se refería a Vincent. Te quitará una oreja con un simple tajo y tú ni te darás cuenta. Luego te hará la misma operación con la otra.

El rubio sonrió.

—Vas a perder todo tu atractivo para esa chica. No le gustarás desorejado.

Marcel se dijo que Vincent no terminaría con la operación de orejas. Continuaría hasta sacarle las tripas.

No, a Yvonne no le gustaría un Marcel Bloch desorejado y destripado.

El rubio dio otro paso hacia él.

Entonces, Marcel pegó un puntapié a la silla que estaba situada entre los dos. La silla golpeó contra una de las rótulas de Vincent y le hizo perder el equilibrio.

Marcel se puso en viaje tras de la silla.

Atrapó por el cuello a Vincent y lo arrastró en su caída. No lo soltó, a pesar de que se hizo daño en las costillas. Sabía que su única probabilidad de seguir viviendo consistía en no perder

aquella pelea.

El rubio se revolvió asestándole una cuchillada, pero estaba en muy mala posición y la navaja sólo rasgó la chaqueta de Marcel.

Max gritó:

—¡Apártate de ahí, Vincent!

Era una ingenuidad por su parte decir aquello, porque el rubio de buena gana hubiese querido apartarse.

El gordo ya manejaba una pistola cuya munición estaba dispuesto a gastar.

Marcel dio un tirón fuerte del cuello de Vincent.

Se oyó un crujido.

Eran las vértebras de Vincent que saltaban como si fuesen de pasta.

Marcel deslizó la otra mano por debajo de la axila de Vincent.

¿Y si Vincent no usaba pistola? Entonces, de nada valdría la ventaja conseguida en las primicias del combate.

Pero la tenía.

Max vio lo que iba a ocurrir y se puso a disparar. El plomo se hundió en el cuerpo del moribundo Vincent.

Marcel hizo fuego por debajo del sobaco del rubio que le servía de escudo.

Max recibió dos impactos en su pecho descomunal y retrocedió.

Su carrera fue interrumpida por la pared. Se estrelló allí y se derrumbó lentamente, arrojando sangre por la nariz como un cerdo degollado.

Marcel apartó de sí al rubio, que rodó por el suelo sin vida. Vincent ya no cortaría las narices de las caras bonitas ni tampoco destriparía a nadie.

Marcel se acercó a Max, que también se moría muy aprisa.

—Eh, Max, ¿cuál es la habitación?

El gordo le dirigió una mirada de aburrimiento.

Seguramente estaba harto de vivir.

Emitió un ronquido y dobló la cabeza sobre el pecho.

Marcel ya no podía hacer preguntas a nadie. Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

No le llegó ningún sonido por el hueco. Naturalmente, el larguirucho e Yvonne habrían oído perfectamente la fiesta organizada en aquella habitación.

Vio el corredor por el que había llegado. Hacia la derecha se encontraba la puerta que había utilizado para entrar.

No, por allí no debía estar Yvonne.

Cuando llegó a esa conclusión, salió de la estancia en que quedaban los dos cadáveres y echó a andar por el pasillo, la parte de la casa que desconocía.

A un lado vio tres puertas.

De pronto, oyó un chillido.

Era Yvonne y procedía de la segunda habitación.

Enseguida se produjo, un chasquido y un cuerpo se desplomó en el suelo. El larguirucho había golpeado a Yvonne.

Marcel fue acercándose lentamente a la puerta.

Esperó un minuto.

Dos.

Alargó la mano para abrir la puerta, pero oyó una risita a su espalda y una voz dijo:

—Anda, deja caer el arma, chico, o te aso.

Era Freddie.

Marcel soltó un juramento entre dientes.

Freddie había entrado en otra habitación por una puerta comunicante y luego sólo tuvo que salir al pasillo y sorprenderlo por la espalda.

Ahora ya no había salvación para él.

CAPÍTULO IX

De pronto, la puerta de delante se abrió; En una fracción de segundo, Marcel saltó a su interior.

Sonó un estampido y la bala sacó astillas del marco.

Marcel golpeó contra Yvonne y ella perdió el equilibrio cayendo al suelo.

Bloch también se tambaleó, pero logró quedar en pie.

Se volvió justo en el instante en que el larguirucho aparecía en el hueco soltando plomo.

Marcel apretó el gatillo dos veces.

Una bala tropezó con la cabeza de Freddie y el largo se derrumbó.

La casa quedó sumida en un silencio.

Marcel dio un suspiro de alivio y se acercó a Yvonne, a la que ayudó a ponerse en pie. La joven tenía un moretón en el pómulo.

—Gracias por lo que has hecho. Me salvaste la vida.

—Nos burlaron, Marcel. No iban a llevarme al hotel.

—Ya lo sé. Pero fue peor para ellos.

Marcel se acercó a Freddie con la esperanza de que aún viviese. Pero ya había muerto.

No, ninguno de ellos podría decirle quién era su patrón.

Era evidente que aquellos tipos le habían sido enviados por Edgar. Eso resultaba gracioso. Edgar, un tipo a quien no conocía, quería su muerte. Ahora tenía que darse mucha prisa en descubrir su identidad antes de que Edgar lograra mandarlo al hoyo.

—Vamos, nena, tenemos que visitar a un amigo.

El inspector de la policía judicial Forestier dio un mordisco al cigarro que fumaba.

—Bloch, ¿qué clase de tipo es usted? Nunca había ocurrido esto en la Costa Azul. Llega usted y empiezan a ocurrir muertes al por mayor.

—Yo no tengo la culpa, jefe.

—Oh, no, ¿por qué me meto con usted? —repuso el inspector, con sarcasmo.

—Max y los otros quisieron encerrarme en una caja. A mí me gusta mucho su ciudad, inspector, pero no tanto como para que duerma mi sueño eterno en su cementerio. Es un paisaje que no cuenta con mi aprecio.

—¿Quiere dejar ya los chistes, Bloch?

—Claro que sí, jefe. A usted y a mí nos interesa trabajar.

—Soy el único que va a trabajar. Usted se va a estar quietecito.

—¿Quiere que esté quietecito esperando que Edgar me envíe otros representantes? Ande, dígame, ¿qué sabe del *Nirvana*?

—Nada. No existe ese yate.

—Tiene que existir.

—Hay un club nocturno en Marsella que se llama Minerva.

—¿Y qué?

—La chica pudo decirle club Minerva. Está en un barrio de muy mala fama, ya sabe, donde se reúne gente poco escrupulosa.

—No, jefe. Ella dijo yate *Nirvana*.

—Lo siento, pero entonces estamos lo mismo que antes.

El policía judicial señaló con el dedo a Yvonne.

—Oiga, señorita Reure, no sé qué ha podido encontrar en este hombre para que consienta que la meta en sus líos.

—No tiene derecho a decirme eso, inspector. Para mí es un hombre cualquiera.

—Entonces apártese de él. Hay tipos que dan mala suerte y el señor Bloch es uno de ellos. Ya ve, ha estado a punto de perder su nariz y quizá algo más... ¿Y todo por qué? Porque entabló amistad con él... Sí, señorita, hay hombres que son como la peste. Aléjese de él ahora que puede.

—Gracias, inspector, lo pensaré.

—Como quiera, pero no diga que no la avisé.

Marcel se puso en pie y sonrió.

—Inspector, me está dando muy mala fama. Si usted dice a todas las mujeres bonitas de Cannes que huyan de mí, ¿cómo quiere que pase mis vacaciones?

—¿Qué le parece esta idea, señor Bloch? Construyase una balsa y reme hasta encontrarse en el centro del Mediterráneo. Luego echa el ancla y pasa allí sus vacaciones.

—Perdone que no me ría ahora. Llevo muchas horas sin comer. Y ahora, con su permiso, Yvonne y yo nos vamos.

Poco después, Yvonne y Marcel compartían la mesa de un restaurante.

—¿Qué vas a hacer, Marcel? —preguntó la joven cuando fumaban cigarrillos, después del café.

—Me temo que nada... Ese hombre, Edgar, me tiene a su merced y yo ni siquiera sé quién es.

—Sólo tienes un camino.

—¿Cuál?

—Marcharte de Cannes.

—Ni lo pienses.

—No puedes quedarte aquí. Tú mismo lo acabas de decir. Edgar quiere acabar contigo porque cree que conoces su secreto... Puedes morir en cualquier momento.

—Sí, y eso me recuerda que no deberías estar conmigo. Edgar debe tener otros especialistas en los atentados a la bomba. No sería difícil que apareciese un fulano por esa puerta y nos arrojase un ramo de flores con una buena ración de nitroglicerina.

—Marcel, ya has hecho más que cualquier otro en tu lugar. Deja que el inspector Forestier realice el resto del trabajo.

—El tampoco tiene una sola pista y no está seguro de que yo recogiese con fidelidad el mensaje que me dio Marielle antes de morir. —Puso una mano sobre la de Yvonne—. Tú eres la que vas a obedecer al inspector. Te mantendrás alejada de mí hasta que todo esto termine.

—Sólo terminará de una forma. Con tu muerte.

—Soy un bicho que va a durar bastante.

—Te propongo un pacto. Marchémonos juntos.

—¿Tú y yo?

—Eso he dicho.

—¿Adónde?

—Adonde tú quieras.

—¿Quieres decir que renunciarías al cine?

—Claro que renunciaría.

Marcel se echó a reír.

—Hablas como una niña.

—No soy ninguna niña, y lo que acabo de decir es lo más sensato.

—¿Y qué haríamos juntos por ahí?

—Casarnos, naturalmente.

Marcel frunció el ceño.

—Eh, chica, ¿quieres que me libre de un peligro para meterme en otro peor?

—Sólo dices tonterías. Estás deseando casarte conmigo. Te gusté desde la primera vez que me viste. Nunca habías visto una mujer como yo y mis ojos te cautivaron.

—Cariño, ¿por qué no me dejas algo para mí?

—Está bien, dilo.

—Estaba muy buena la *boullavaise*.

—Debería retorcerte el pescuezo. Prefieres jugar a *gangsters* a casarte conmigo.

—Se pueden hacer las dos cosas.

—¿Eh?

—En cuanto acabe el asunto de Edgar, te convertiré en la señora Bloch.

—Ni lo pienses. Ha de ser ahora o nunca.

—Admito que soy encantador, pero no debes tener tanta prisa.

Ella se puso en pie.

—Si no te casas conmigo ahora, despídete de mí.

—Dijiste antes que no eras una niña. Ahora estás demostrando lo contrario.

—Buenas tardes, señor Bloch.

—¡Eh, espera!

Pero la joven desapareció en la calle sin volver la cabeza.

Bloch terminó de fumar su cigarrillo.

Sí, Yvonne era una mujer única, y seguramente el matrimonio con ella resultaría divertido.

Renunció a seguir imaginando a Yvonne en su papel de esposa. Ahora tenía otras cosas más importantes en qué ocuparse. De Edgar.

Se le ocurrió una idea, ir al lugar de la costa que ya conocía para bañarse. Iría armado con la pistola. Si Edgar había decidido su muerte, sus esbirros lo seguirían hasta allí. Tendría que atrapar a alguno vivo para hacerle hablar.

Una hora más tarde se encontraba sentado entre las rocas frente al mar. A su lado estaba la toalla cubriendo una pistola.

El lugar estaba solitario.

El sol descendía por las montañas, muy cerca ya de su ocaso.

Los pájaros volaban entre los pinos armando un gran alboroto.

De pronto, Oyó pasos hacia la derecha. Volvióse al tiempo que introducía la mano por debajo de la toalla.

Vio a un hombre de unos sesenta y cinco años que se cubría con *shorts* y *sweater* a rayas. Fumaba en pipa. No tenía nada en las manos, pero Marcel estaba dispuesto a no fiarse de nadie.

—Buenas tardes, señor —dijo el viejo.

—¿Qué tal le va?

—Pasé por aquí hace un rato y debí dejarme por algún sitio mi bote de gusanos... Bueno, soy pescador. Estuve como cosa de media hora por estos alrededores. Los peces no picaban y me marché un par de kilómetros más abajo. Pero ya lo ve, me quedé sin los gusanos.

Marcel miró atentamente a aquel hombre. Podía decir la verdad o podía estar engañándolo. Si él se ponía a ayudarlo tendría que darle la espalda, y en un descuido, el tipo podría romperle la cabeza con una de las piedras que había por allí.

—No veo su lata de gusanos.

El viejo dio un suspiro.

—Tendré que ir arriba. También estuve allá.

—Le acompañaré.

—Gracias, es usted muy amable.

Marcel tomó la toalla y simuló que se limpiaba el sudor. Sintió el contacto de la pistola y eso le dio ánimos. Si el viejo intentaba algo, se iba a encontrar con una sorpresa.

Caminaron por entre las rocas hasta llegar a un pequeño saliente.

—También eché las dos cañas aquí sin resultado.

Marcel vio la lata entre dos piedras.

—Ahí la tiene.

—Gracias, amigo. Da alegría cuando tino se encuentra con gente servicial... Llevo viniendo diez años a Cannes, ¿y usted?

—Es mi primer viaje.

—Fíjese qué vista tan maravillosa. No hay otra igual en el mundo.

—Sí, todo esto es muy bonito —contestó Marcel.

Por el azul del mar bogaban veleros y lanchas con motor fuera de borda. Se veían muy pequeños porque ninguno se acercaba a la costa, donde el mar tenía poco fondo y emergían algunos islotes.

—Es hermoso ese yate que está anclado en la rada.

Marcel enfocó sus prismáticos hacia el lado que señalaba el viejo. Era efectivamente un barco muy vistoso.

Creó que el corazón le dejaba de latir al leer el nombre de la embarcación: *Nirvana*.

—Abuelo, gracias por haber venido.

—Es usted el que me hizo el favor a mí de acompañarme para buscar mis gusanos.

—Le deseo una buena pesca —dijo Marcel, y se alejó del abuelo, al que había dejado muy perplejo.

Cuando llegó al lugar que había elegido para esperar al verdugo, se dio cuenta de que desde allí nunca podría haber visto al *Nirvana*.

Minutos más tarde, corría en dirección a la ciudad.

Entró como un ciclón, sin llamar, en el despacho del inspector Forestier.

—Ya sé dónde está el *Nirvana*, inspector.

—Yo también.

—¿Eh?

—Siéntese, señor Bloch.

El inspector esperó a que Marcel se hubiese sentado.

—Lo esperaba, señor Bloch... ¿Cómo descubrió que está aquí el *Nirvana*? ¿Se lo dijo quizá otro representante del señor Edgar?

—No. Lo vi casualmente desde un lugar de la costa.

—No tenemos nada que hacer, Bloch.

—¿Qué quiere decir?

—He recibido un informe acerca del *Nirvana*.

El inspector tomó un papel de su carpeta que se puso a examinar mientras proseguía:

—El propietario del yate es Leopold Ruillet, dueño de una

fábrica de maquinaria. Vive cerca de Clermont-Ferrand. No está casado y viaja en el yate con tres invitados. El matrimonio formado por Muriel y Philippe Clay. El otro invitado es Fernand Salomón, un francés que residió hasta hace unos años en Argel.

—¡Ése debe ser Edgar!

—El señor Salomón ocupa un importante puesto en el Ministerio de Comercio. Nunca tuvo que ver con la OAS.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso los de la OAS van pregonado por ahí que pertenecen al ejército clandestino?

—El señor Salomón estuvo en entredicho durante dos años por sus simpatías por los argelinos. Fue objeto de varios atentados porque se sospechaba que pertenecía a una sociedad que ayudaba al FLN. ¿Se da cuenta, señor Bloch? Eso coloca a Salomón en el lado contrario de la OAS.

—Pudo ser un camuflaje.

—Sí, pero ¿quién lo demuestra?

—¿Ha ido ya al yate?

—No, no he ido. ¿Con qué motivo iba a ir? No puedo llegarme allí y decirle al señor Ruillet que busco a un asesino y que he pensado que quizá lo traiga él como polizón.

—Entonces, ¿piensa dejar las cosas como están?

Forestier tabaleó con los dedos en la mesa.

—Ocupo un puesto oficial, señor Bloch. Mi misión consiste en defender la ley y se supone que durante mi trabajo debo respetar los derechos de los ciudadanos.

—Le comprendo, inspector —dijo Marcel, y se puso en pie.

—No hará eso que está pensando.

—¿Qué es lo que pienso, inspector?

—Ir al yate por su cuenta.

—Sí, es posible que vaya. Y recuerde, inspector. Usted no puede impedir que un ciudadano ejercite sus derechos.

Forestier mordió otra vez el puro con rabia.

—Se está buscando un entierro, señor Bloch.

—Si alguien muere, procuraré que sea Edgar. Prefiero asistir al entierro de los demás.

Marcel se encaminó hacia la puerta.

—Espere un momento, Bloch.

—¿Se le ocurre algo más, inspector?

—Me es usted simpático.

—Gracias, inspector.

—Quizá por eso le he soportado un par de cosas más que a otros. Pero está jugando con fuego. Si yo estuviese en su lugar, sólo me dedicaría a escribir novelas.

—Le prometo que sólo haré eso: novelas. Después que le haya descubierto la cara a nuestro desconocido Edgar. Hasta luego, inspector.

* * *

Marcel conducía la canoa con motor fuera de borda que había alquilado en el puerto.

Estaba cerca del yate *Nirvana*, anclado en la pequeña bahía.

Llevaba consigo aparejos de pesca.

El hombre que se sentaba detrás, el dueño de la lancha, carraspeó.

—Eh, amigo, por aquí hay muy poca pesca, pero yo conozco un lugar que le servirá.

—Éste es el que a mí me gusta.

El patrón de la lancha respondía al nombre de Sacha y era un hombre de unos cincuenta años, barba cerrada de dos semanas, muy descuidado en el vestir. Su gorra de marino parecía haber salido de un cubo de desperdicios. Se sentaba en una silla de tijera y fumaba un apestoso cigarro.

—Lo que pesque por aquí no sirve, amigo.

—Quizá me sirva a mí.

—Creo que lo entiendo, usted no viene a pescar, busca otra cosa.

—Es posible, y usted me va a ayudar a conseguirlo, capitán Sacha.

—¿Qué cosa quiere?

—¿Ve ese yate, el *Nirvana*?

—Sí.

—Mi intención es subir a bordo y permanecer algún tiempo en él, pero no conozco al dueño ni a ninguno de los pasajeros.

—Entonces le va a resultar difícil.

—Se me ha ocurrido un truco.

—¿Cuál?

—Voy a averiar su motor.

—Ni lo piense.

—No me refería a una avería en serio. Usted debe entender este chisme. Le quita cualquier pieza y quedamos a la deriva. Naturalmente, ha de ocurrir cerca del yate... Quiero estar en el yate mientras usted se dedica a arreglar el motor.

—Sí, no está mal pensado, pero quizá no surta efecto.

—Preocúpese de quitar la pieza al motor y lo demás corre de mi cuenta.

—Tendrá que pagarme cincuenta francos extra.

Marcel dio un suspiro.

—Está bien, capitán. Cuento con los cincuenta francos. Manos a la obra.

La supuesta avería surgió cuando se encontraban a unos veinte metros del yate. El capitán soltó unas maldiciones en voz alta para que pudiesen ser oídas desde el *Nirvana*.

Marcel vio a alguien en la cubierta del yate y se puso a hacer señales y gritar.

Vio acercarse a la proa a una mujer en bikini. Poseía un cuerpo escultural y cabello rubio.

—¿Qué le pasa? —preguntó la hermosa.

—Una avería, señorita. El capitán dice que puede tardar en arreglarla unas cuantas horas... Hace un calor terrible. ¿Podría subir ahí arriba?

—Desde luego. Acérquense con los remos.

Marcel remó mientras decía al capitán:

—No arregle ésa avería antes de un par de horas, a no ser que le indique lo contrario.

—De acuerdo, señor Payen.

Marcel había dicho al capitán que su nombre era Charles Payen. Era una precaución que adoptaba para el caso que pudiese llegar al *Nirvana*.

Poco después trepaba por la escalerilla.

La rabia del bikini estaba arriba ofreciéndole una sonrisa resplandeciente.

—Gracias, señorita.

Marcel pudo observar con más atención el cuerpo de la joven. Era absolutamente perfecto.

—Soy la señora Clay —dijo, tendiéndole la mano.

—Encantado, señora Clay; mi nombre es Charles Payen.

—Venga a la sombra, señor Payen. El sol es demasiado fuerte.

—Es cierto, y yo no estoy acostumbrado a tomar estas raciones tan concentradas.

Se sentaron en sillas extensibles, a la sombra.

—Aquí da gusto estar —dijo Marcel.

—¿*Whisky* con hielo?

—Sí, gracias.

La rubia preparó dos vasos.

—¿Está su marido?

—Sí, durmiendo.

—Tienen un yate muy hermoso.

—No es nuestro. Sólo somos invitados de Leopold Ruillet, un buen amigo de mi marido.

—Debe ser un hombre con mucho dinero.

—Lo es. ¿Es usted casado?

—No.

—¿A qué se dedica?

—Soy viajante de una casa de vinos de Burdeos.

—¿Está solo en Cannes?

—Sólo llegué ayer y todavía no he tenido tiempo de buscar una compañera.

—Estoy segura de que lo conseguirá pronto.

Marcel miró los ojos de la rubia y creyó advertir en ellos una insinuación.

—No sé si me ha entendido bien, señor Payen —agregó enseguida ella—. En Cannes lo que sobran son mujeres.

—Sí, eso he podido apreciar, pero yo soy muy exigente. Me interesa un tipo especial.

—¿Cómo ha de ser?

—Esbelta, rubia, ojos verdosos...

—Yo reúno esas condiciones.

—Sí, pero usted tiene a su marido.

—Pobre Philippe...

—¿No se encuentra bien?

—Philippe se mareó el primer día de viaje, cuando salimos de Tolón, y todavía no se ha recuperado. Justamente esta noche yo

pensaba ir a tierra.

—Entonces, si usted me lo permite, me agradecería mucho ser su anfitrión.

—Le acepto la oferta, pero usted me hará un favor.

—Cuenta con él.

—No diga nada mientras permanezca aquí. —Puede contar con mi discreción—. ¿Conoce el bar La Croix? —Sí.

—¿Le parece bien a las nueve?

—Antes de las nueve estaré esperándola.

—Tengo ganas de bailar en algún sitio. Hace muchos días que no me divierto. ¿Promete usted ser divertido, señor Payen?

—Ya puede estar segura de que lo pasará bien a mi lado.

En aquel momento oyeron pasos que se acercaban.

Marcel vio llegar a un hombre alto, de cabello blanqueado por las sienes. Era guapo, de piel bronceada, ojos azules que destellaban intensamente.

—Oh, Leopold —dijo la rubia—. Te presento a Charles Payen. Sufrió una avería en su lancha y le invité a que subiese mientras el capitán la arregla. Leopold es el dueño del *Nirvana*.

Marcel notó que a aquel hombre le hacía muy poca gracia su presencia en el yate. Sin embargo, le tendió la mano y forzó una sonrisa.

—Bien venido a mi yate.

—Tengo que darle las gracias por la ayuda que me presta.

—Oh, no tiene importancia... Muriel, ¿cómo está Philippe?

—Un poco mejor.

—Lo celebro. Podremos bajar a tierra.

—Se lo sugerí a Philippe, pero no quiere oír hablar de eso. Todavía no se atreve. Dice que prefiere quedarse en el vate hasta mañana.

—Muy bien, nos quedaremos.

—Yo bajaré un rato esta tarde.

—¿Para qué, Muriel?

—¿Recuerdas que te hablé de mi amiga Mary? Me escribió que estaría en Cannes por estas fechas y le prometí que le haría una visita en su villa... Es posible que me quede a pasar la noche allí, pero regresaré por la mañana.

Leopold la estaba mirando fijamente a los ojos y no hizo ningún

comentario.

Un hombre apareció por uno de los lados frotándose las manos, sonriendo.

—Qué paisaje tan maravilloso... Todos los años vengo a Cannes y nunca me canso de ver tanta belleza.

Era de mediana estatura, bigote recortado, chaqueta azul marino, pantalón blanco y pañuelo rojo al cuello. Olía a masaje.

Muriel hizo nuevamente las presentaciones.

Era el cuarto personaje, el que Marcel había esperado conocer con más interés. Fernand Salomón, el francés que había residido muchos años en Argel, el enemigo de la OAS.

A Marcel no le gustó el contacto de su mano. Traspiraba sudor.

—Discúlpenme —dijo Muriel—. Quiero ir al camarote para ver cómo se encuentra Philippe.

La rubia sonrió a los presentes y se marchó con un ligero contoneo de las caderas.

Poco después entraba en el camarote y se acercaba a la litera.

—Philippe, ¿estás bien?

Se dio cuenta de que estaba dormido.

En ese momento se abrió la puerta a su espalda. Al volverse vio a Leopold.

—Eres un atrevido. No has debido venir aquí. Philippe puede despertar.

—No puede despertar. Le di otra píldora.

—Quedamos en que no lo harías hasta llegar a Córcega...

—No te preocupes. No morirá hoy. Serás una linda viudita en un plazo de tres días.

—Luego, Leo, ¿te casarás conmigo?

—Nos casaremos.

—Qué día tan maravilloso...

Leopold alargó el brazo para enlazarla por la cintura, pero ella lo detuvo.

—Leo, me parece indecoroso que me beses estando todavía vivo mi esposo.

—Eres el mismo demonio, Muriel. Nunca he conocido a una mujer que supiese atraer a los hombres tan bien como tú. A propósito de eso, ¿qué hay del tipo de ahí arriba?

—¿Te refieres al señor Payen?

—Sí.

—No te entiendo.

—Parece que lo mirabas con mucho interés.

—¿Yo? Pero, cariño, tengo a Philippe, te tengo a ti. ¿Crees que voy a pensar en un tercer hombre?

—Te voy a dar un consejo que te debe servir para siempre. Nunca me traiciones, Muriel. Aquel que me engaña, no tarda en arrepentirse.

—No te pongas tan serio para decir eso —repuso ella y le ofreció los labios.

Leopold la besó con ansiedad.

Ella lo apartó otra vez.

—Ahora vete. Quiero vestirme. Recuerda que he de ver a mi amiga.

—Podías suspender ese viaje o hacerlo mañana.

—Prefiero hacer cuanto antes esa visita. Te aseguro que lo voy a pasar la mar de aburrido, pero Mary siempre ha sido una buena amiga. Si se enterase de que he estado en Cannes y no he pasado a verla, se molestaría mucho.

—Está bien.

Leopold salió del camarote y se encaminó hacia cubierta.

Un hombre bajaba por la escalerilla.

—Señor Ruillet.

—¿Qué pasa, Bruno?

—Ese hombre que está ahí arriba, ¿cómo ha logrado entrar aquí?

—Es Charles Payen, un tipo que sufrió una avería en la lancha con que salió a pescar.

—¿Charles Payen? Oh, no, señor Ruillet, su nombre no es ése. Se llama Marcel Bloch y es justamente el hombre que usted sentenció a muerte.

CAPÍTULO X

—¿Qué opina de la OAS, señor Salomón?

—En todas las organizaciones existe gente honrada que cree firmemente en los principios que le inspiran. Naturalmente, también hay muchos fanáticos, gente cruel, despiadada, dispuesta a llevar a cabo sus fines sin importarles vidas humanas.

—Me hablaron de uno de esos fanáticos. Hizo un buen negocio... durante la guerra. Formaba parte de un comando suicida cuya misión era interceptar un barco en el que se transportaban joyas por valor de cinco millones de francos. El destino de esas joyas era el Frente de Liberación Argelino...

—¿Logró su objetivo el comando suicida?

—Sí, señor Salomón, pero los que lo componían lucharon entre ellos por la posesión de las alhajas. Todos murieron, excepto dos, pero sólo uno se quedó con todo el botín. Se hacía llamar Edgar.

—¿Edgar? —repitió Salomón, con los ojos entornados.

¿Quizá oyó hablar de él, señor Salomón?

Marcel estaba mirando la cara de Salomón.

—Conozco a varias personas de ese nombre, pero no puedo identificar a ninguno de ellos con el de su historia.

Leopold apareció por detrás de Salomón.

—¿Se interesa por Argelia, señor Payen?

—No sé cómo ha surgido la conversación. Para mí es un tema como otro cualquiera.

—En ese caso, podemos tocar otro.

—Desde luego.

—¿Le gustan los yates?

—Sí, me encantan desde niño. Recuerdo que, cuando yo tenía doce años, mi madre me regaló media docena para que jugase con

ellos en el estanque.

—Éste es mi pequeño juguete —dijo Leo, desparramando la mirada a su alrededor—. He procurado que reuniese todas las comodidades. ¿Quiere verlo por dentro, señor Payen? Estoy seguro de que le gustará.

—Desde luego.

—Venga conmigo.

Visitaron algunos camarotes que estaban vacíos y se encaminaron a la sala de máquinas. Era pequeña, con corredores estrechos.

—¿Cuándo fue botado, señor Ruillet?

—Hace apenas seis meses. Lo construyó una compañía alemana de Hamburgo. Son gentes que trabajan bien en estas cosas.

—Debe valer una fortuna.

—Sí, unos cuantos millones, pero yo los gano.

—Es una suerte.

—Vea eso —dijo Leo, y le invitó a que pasase por uno de los pequeños corredores en forma de L.

Marcel se detuvo repentinamente al ver un pequeño objeto metálico que brillaba en el suelo. Casi instantáneamente, una barra se desprendió de lo alto golpeando contra el piso.

Marcel apartó la cabeza y vio por entre los tubos a un hombre. Miró la barra y comprendió que si no se hubiese detenido para tomar la pequeña tuerca que había en el suelo, la barra le habría destrozado el cráneo.

—Bruno —oyó a Leopold—. ¿Es que no te das cuenta de lo que haces? Has estado a punto de herir a mi invitado.

—Lo siento, señor Ruillet. Quería colocar la barra en su sitio y resbaló de mis manos manchadas de aceite.

Marcel se levantó con la tuerca, que apretó, dándole calor. Seguía viviendo gracias a aquel pequeño trozo de acero.

—¿La necesita, señor Ruillet?

—¿Se refiere a la tuerca? No.

—La pondré en la cabecera de mi cama —dijo Marcel, con jovialidad—. ¿Continuamos visitando su yate, señor Ruillet?

—Desde luego.

Marcel no pensó ni por un momento que aquel accidente hubiese sido casual. Estaba dispuesto a apostar a que Edgar era

Leopold, aunque cabía la posibilidad de que Salomón fuese un cómplice y que la rubia también lo fuese. Pero ¿qué adelantaba con eso? Necesitaba pruebas de que en aquel yate viajaba el asesino de Marielle y de otras personas. Pero eso no le iba a resultar nada fácil.

Volvieron a cubierta y entonces Marcel se asomó por la borda.

—¿Ya arregló la avería, capitán Sacha? —Le hizo una señal dejando colgar el brazo.

—Ahora mismo voy a hacer una prueba —contestó Sacha.

Transcurrieron unos segundos y el motor se puso a petardear.

Marcel se volvió hacia su anfitrión.

—Tengo que dejarlos.

—¿Por qué no se queda a cenar con nosotros?

—No puedo, me he comprometido con mi chica, pero quizá mañana me acerque.

—¿Lo esperamos a almorzar?

—Cuenta con mi visita, señor Ruillet.

Hizo un saludo y bajó por la escalerilla.

—¿Consiguió lo que quería? —preguntó el capitán cuando se alejaban del yate.

—Más de lo que cabía esperar de una corta visita.

* * *

El inspector Forestier dijo, tras escuchar a Marcel:

—Pudo ser un simple accidente.

—Ni usted mismo cree en eso.

—Oiga, Bloch hace tiempo que dejé de creer en muchas cosas. En un principio pretendía sacar consecuencias de todo, pero llegué a la conclusión de que si seguía así, me pondrían la camisa de fuerza. Por eso, a partir de entonces, sólo tengo en cuenta una cosa.

—Las pruebas.

—Sí, señor Bloch. Las pruebas. Es lo único que me sirve. Nosotros no podemos detener a un ciudadano por simples sospechas, porque creamos que haya hecho esto o lo otro.

Forestier abrió una carpeta y extrajo unos papeles.

—Por lo visto, usted cree que sólo trabajan los policías de sus novelas. Aquí tengo un informe de Ruillet. Compró las fábricas de acero Tarirgia en 1961.

—Eso podría coincidir con la súbita posesión por parte de Edgar de un tesoro de cinco millones de francos nuevos.

—Usted mismo ha empleado la palabra. Coincidencia.

—¿De dónde procedía Ruillet?

—De un país de América del Sur.

—¿Qué país?

Forestier movió la cabeza.

—No lo sabemos.

—Curioso, ¿verdad?

—Tendré una información completa mañana, de modo que le voy a recomendar una cosa. Quédese quieto hasta entonces.

—De acuerdo, señor Forestier.

—Ningún otro viaje al *Nirvana*.

—Ale portaré como un buen chico.

—Si cumple su palabra, quizá pueda escribir un relato basado en su experiencia personal.

Marcel abandonó la comisaría, y minutos más tarde, se encontraba en el bar La Croix.

Estaba bebiendo un *whisky* cuando vio llegar a Muriel.

—¿Me esperas desde mucho rato? —lo tuteó la hermosa rubia.

—Un par de siglos; al menos me lo ha parecido a mí.

—Adulador.

—¿Bebes algo?

—Preferiría un sitio más íntimo.

—Bueno, mis conocimientos sobre la topografía de Cannes son muy rudimentarios.

—Yo seré tu cicerone.

—Trato hecho. Marcel había traído su auto.

Veinte minutos después se encontraban en un restaurante situado al lado del mar.

Un camarero los llevó a un reservado con una ventana por la que se veían las estrellas en el firmamento.

Apenas quedaron a solas, ella dijo:

—Dame fuego, ¿quieres?

Marcel le ofreció la llama de un encendedor y ella le tomó la muñeca.

—Me gustaste, ¿sabes? —dijo la rubia, mientras arrojaba dos chorritos de humo por la nariz.

Lo continuaba sujetando por la mano.

Marcel había tomado las medidas a la rubia. Era una coqueta y desde que la vio junto a Ruillet sospechó que existía algo más que una simple amistad entre ambos. Muriel era una mujer muy dadivosa para con los hombres. El solo había aceptado la cita por sacarle información acerca de Ruillet. Estaba seguro de que Muriel sabía muchas cosas de Leopold que ni siquiera podrían figurar en el fichero de la policía.

—Bésame, Charles —dijo.

Él se agachó sobre ella y la besó.

El humeante cigarrillo cayó en el suelo porque Muriel utilizó los dos brazos para rodear el cuello varonil.

La puerta del reservado se abrió de golpe.

Marcel giró llevando la mano a la chaqueta donde tenía la pistola, pero no necesitó sacar el arma. La persona que había entrado no era un matón.

Vio a una Yvonne cuyos ojos parecían escupir llamas de fuego.

—¡Traidor! Conque es así como solucionas el asunto. Con una mujer.

—Charles —dijo Muriel, con mucha tranquilidad porque debía estar acostumbrada a aquellas escenas—. ¿Es algo tuyo esta mocosa?

—Eso de mocosa te lo voy a hacer tragar —contestó Yvonne, mientras se acercaba desafiante a la rubia.

Marcel se interpuso entre ambas.

—Eh, Yvonne, que yo sepa, Charles Payen no te dio palabra de casamiento —acentuó el nombre de Charles Payen para que Yvonne se diese cuenta.

La joven se interrumpió porque había comprendido, pero luego entornó los ojos con suspicacia, no muy convencida.

Yvonne señaló a Muriel.

—¿Es que no ves que te la está pegando, estúpido? Tiene anillo de casada.

—Vaya, no me había dado cuenta —dijo Marcel.

—Yo tampoco —sonrió Muriel—. Cada día tengo más olvidos.

—Menuda caradura es usted, muñeca oxigenada —exclamó Yvonne.

—Eh, Charles, ¿es que vas a consentir que me insulte esta

camarera?

—¿Sabe una cosa, rubia? Que acertó. He sido camarera, pero no he sido lo que ha sido usted... Y lo que sigue siendo.

—¡Yvonne! —exclamó Marcel.

—Déjala, querido.

Yvonne se enfrentó con Marcel.

—Ha llegado el momento de que elijas. Ella o yo.

—Yvonne, ¿por qué no te vas al hotel? Luego pasaré a verte.

—De modo que te decides por ella... Marcel la tomó por el brazo, pero ella dio un tirón, desasiéndose.

—¡No me toques, monstruo! Miró furiosa a Muriel.

—En cuanto a usted, sepa una cosa. Desde ahora renuncio a él. Se lo puede quedar solo.

—Gracias por tu sacrificio, querida. Sólo me sirve completo.

—Te felicito, novelista. Menuda ficha te has buscado. Ella te podrá enseñar muchas cosas para que puedas contarlas a los lectores... ¿Cómo llamas a eso, cínico? ¿Acumulación de experiencia, quizá?

Antes de que Marcel pudiese responder, la joven salió del reservado pegando un portazo.

—Lo siento —se disculpó Marcel.

—Oh, ha sido la mar de divertido —repuso Muriel, riendo—. Te lo aseguro.

El camarero entró empujando una mesa rodante. Sirvió el primer plato y se marchó de nuevo.

—Esto parece que tiene buen aspecto —dijo Marcel, frotándose las manos.

—¿Quién piensa en comer, tonto?

Muriel se puso en pie y acercóse a Bloch.

Le acarició una oreja.

—Creo que vas a significar mucho para mí, Charles.

—Es sólo un espejismo. ¿Sabes una cosa, Muriel? Nunca he creído en el flechazo. Además, tú ya tienes tu dueño.

—No quiero a Philippe.

—No me refería a Philippe.

—¿A quién? —preguntó ella, con las cejas enarcadas.

—A Leopold Ruillet. —¿Qué tontería estás diciendo?

—Nena, no soy ningún chiquillo y tengo un olfato especial para

saber la clase de relaciones que existen entre un hombre y una mujer. Me basta ver cómo se miran.

—Tienes razón en que Leo ha sido algo para mí, pero eso se va acabar.

—No lo puedo creer. Leo es un millonario, y si lo vas a dejar por mí, harías muy mal negocio.

—Por si te sirve de algo, no me voy a casar contigo ni con nadie. Voy a vivir mi vida independientemente... Pero tú me gustas más que Leo y es a ti a quien quiero.

—Nunca me han gustado las cosas tan rápidas. Suelen resultar peligrosas.

—Voy a tener mucho dinero, Charles.

—¿Y de dónde lo vas a sacar?

—Del lugar donde está escondido.

Marcel se echó a reír.

—Nunca he creído en los cuentos de hadas.

—Te hablo en serio. Son millones, pero no puedo hacer el trabajo sola. Necesito un hombre que me ayude. ¿Te vas dando cuenta?

—Sí, creo que sí. Ahora ya me explico lo del flechazo. Sólo te intereso porque has visto en mí al tipo que te puede ayudar para conseguir el dinero.

—Sí, Charles.

—¿Cuál es la procedencia de esa bolsa?

—Es de Leo.

—Pero si fuese dinero normal no lo tendría escondido en ese lugar de donde tú y yo lo podemos coger.

—¿Por qué te interesa su procedencia? Nunca me ha gustado hacer preguntas de dónde viene el dinero. Lo importante es que yo sé dónde está y que puede ser mío. Naturalmente, te daré una parte... No creas que sólo me ha impulsado hacia ti el interés económico... Eres fuerte, alto, varonil...

—No sigas o me sacarás los colores.

—¿Me ayudarás?

—Lo pensaré.

—No puedes pensarlo.

—Primero he de sopesar el peligro que hay que correr. ¿Crees que me puedo unir a esa empresa tuya sin tener en cuenta si me

puedo dejar la piel en ella?

—Saldrás vivo.

—Eso es lo que tú dices. Anda, explícamelo todo y tendrás mi respuesta ahora mismo.

—Se trata de joyas y están en el yate. —¿En qué parte del yate?

—En el camarote de Leo, en una caja fuerte que hay allí.

—¿Cómo quieres abrir la caja fuerte? ¿Acaso conoces la combinación?

—No seas tonto. Si conociese la combinación, ¿crees que habría necesitado ayuda de alguien? Hemos de sacar la combinación a Leo.

—¿Por la fuerza?

—Sí, querido. Tendremos que utilizar la fuerza.

En los ojos de Muriel apareció un brillo especial.

Marcel conocía aquella clase de mirada. Muriel era una mujer cruel y sádica. Le gustaba la violencia y la sola imagen de Leo escupiendo sangre, atormentado, para que dijese cuál era el número de la combinación de la caja fuerte la enervaba.

—¿Tienes ya un plan, nena?

—Sí. Esta misma noche lo llevaremos a la práctica.

—Me parece un poco precipitado.

—No seas tonto. Ha de ser esta noche o perdemos la oportunidad.

—¿Por qué habíamos de perderla?

—Él motivo del viaje de Leo es que quiere transformar las alhajas de su tesoro en dinero efectivo.

Ésa era una razón más para que Marcel comprendiese que Muriel había caído sobre él como un águila rapaz. Habría tratado de enamorar al primer hombre que hubiese cruzado por su camino y resultó ser él, porque, le sacó ventaja a todos. Pero, indudablemente, Muriel hubiese buscado la ayuda de cualquier tipo aprovechando la visita a Cannes aquella misma noche.

—¿Dónde transformará esas joyas en dinero?

—Aquí mismo, en Cannes, mañana—. Podemos pegar el golpe entonces. —Te repito que ha de ser esta noche—. ¿Cómo podré ir yo allí?

—Vendrás conmigo en mi lancha. Te quedarás allí un rato. Dije que iba a casa de una amiga, pero explicare que no la he encontrado. No te preocupes, iré al camarote de Leo y, mientras

tanto, subirás. Dejaré la puerta abierta para que entres. ¿Sabes cuál es su camarote?

—Sí, me lo enseñó él mismo. ¿Cuántos marineros componen la dotación?

—Cinco, pero sólo hay dos o tres en cubierta. Puedes subir sin que nadie se de cuenta. Bastará con que pongas un poco de cuidado.

—Está bien, Muriel.

—Hemos de marcharnos ya para poner en práctica nuestro plan. No quiero que falles. Charles.

—No te preocupes, no fallaré.

La rubia lo besó en la boca.

—Charles, no te arrepentirás nunca. Te lo juro.

Marcel también juró para sus adentros que jamás se arrepentiría de lo que iba a hacer aquella noche.

CAPÍTULO XI

Marcel Bloch trepaba sigilosamente hacia la cubierta del *Nirvana*. Llevaba consigo una pistola envuelta en un plástico.

Había concedido media hora de ventaja a Muriel, tal como había pedido ella.

De la parte superior llegaba el canturreo de un marinero, pero estaba un poco lejos, hacia la proa.

Saltó rápidamente por la borda y dejóse caer en el suelo, manteniéndose quieto durante un rato.

En cuclillas, se dirigió hacia la escotilla que conducía al camarote de Leopold Ruillet.

No tuvo dificultad en llegar abajo. Pegó el oído a la puerta y oyó la voz de Muriel.

—Querido, nunca he amado a ningún hombre como a ti.

—Eres maravillosa, Muriel. —¿De verdad te lo parezco?

—Tú sabes que me he relacionado con muchas mujeres, pero con ninguna deseé casarme. Sólo contigo.

Marcel abrió la puerta y pasó al interior del camarote.

Muriel y Leopold estaban en el centro mismo de la estancia, enlazados por la cintura, y en aquel momento él se disponía a besarla.

Levantó los ojos al ver a Marcel allí en bañador, chorreando todavía agua.

—Señor Payen, creo recordar que la invitación que le hice era para almorzar mañana.

—Me gustó más la invitación que me hicieron para que me llegase aquí esta noche.

—¿De quién está hablando?

Muriel se separó de Ruillet.

—De mí, Leo.

Leo volvió la cabeza bruscamente, fijando sus ojos en la joven.

—¿Me quieres decir qué significa todo esto?

—Te lo voy a decir con un gesto, Leo. —La joven le escupió a la cara—. Te he estado soportando todo este tiempo, estúpido, pero ya se acabó.

Leo levantó las manos crispadas.

—Te voy a estrangular, Muriel.

—Tú ya no me puedes hacer nada.

—¿Es que estás de acuerdo con él?

—Claro que lo estoy.

—Me convenciste para que matásemos a tu esposo.

—Es un favor que te debo.

—¿A qué ha venido él aquí?

—¿No te lo imaginas? Por tu tesoro.

—No lo tendrás nunca, Muriel.

—Claro que lo voy a tener, idiota, y será mejor que digas cuanto antes la combinación de la caja para que podamos abrirla. Si eres la mitad de listo de lo que crees ser, colaborarás con nosotros. Sólo así podrás seguir viviendo.

—He tenido una víbora bajo mi techo.

—Puedes llamarme lo que quieras, porque yo te puedo responder, ¿lo oyes, sapo inmundo?

Otra vez se abrió la puerta del camarote y entraron dos hombres armados.

Marcel fue a volverse, pero recibió un golpe en la cabeza.

Todo lo vio turbio a su alrededor y se desplomó en el suelo.

Se hizo un silencio en la estancia.

Leo tenía la sonrisa en los labios.

Muriel estaba mortalmente pálida. En sólo fracciones de segundo, el decorado había cambiado totalmente.

—¿De veras quieres mi tesoro, querida? —dijo Leo—. Eres una estúpida. Este hombre, Payen, te engañó. Vino aquí por mí. Su verdadero nombre es Bloch.

La joven miró a Marcel, que se movía débilmente en el suelo. Luego alzó los ojos hacia los marineros que manejaban sendas pistolas.

—Bruno..., Franz..., no podéis estar con él... Ayudadme,

muchachos, él tiene mucho dinero... Más de tres millones de francos nuevos, ¿lo oís? Es la mayor fortuna que hayáis podido soñar en vuestra vida... Sólo tenéis que atraparlo y hacerle cantar la combinación... Haremos tres partes, un millón para cada uno... Soy razonable, ¿verdad? He visto cómo os pegaba puntapiés... No podéis obedecer sus órdenes.

Los dos hombres seguían inmóviles, sin pestañear.

—Parece que tus palabras no sirven de mucho, ¿eh, Muriel? —sonrió Leo—. ¿Por qué no inventas otro procedimiento? Anda, háblales de lo fina que es tu piel y de todas esas cosas que te han servido para conquistar a los hombres. ¿Por qué no lo intentas?

—Leo... —dijo Muriel, con voz implorante.

—¿Qué te nasa, nena?

—No me di cuenta de lo que hacía.

—¿No?

—Me cegó la ambición.

—Eso no es nuevo en ti, querida.

No sentía nada de lo que he dicho contra ti.

Me llamaste sapo inmundo. Aquí mismo, en Cannes, tuve que ordenar la muerte de alguien a quien conocí hace mucho tiempo... Claudine Prevost, que ahora se hacía llamar Marielle Renard... Sí, nena, me manche las manos de sangre, y desde hace unos años es como si no me las hubiese limpiado.

Se miró las manos como si efectivamente esperas verlas teñidas de sangre.

—Te repito que no lo sentía... Estaba como loca... Últimamente no me encontraba bien. —Se apretó las sienes con la mano—. Me dolía la cabeza... Tenía la impresión de que me la taladraban con clavos. Estoy muy enferma, Leo.

—Esa comedia no te sirve.

—Si no me crees, déjame marchar.

—¿Adónde vas a ir, nena?

—No lo sé todavía.

—¿Es que olvidas que tienes a tu marido aquí en el yate?

—No quiero seguir con él.

—No está bien que hables así de tu esposo. El pobre está enfermo... ¿También has olvidado que lo estabas envenenando?

—Yo no... Fuiste tú, Leo.

—No quiero cargar con toda la culpa, Muriel. Éste es el momento de las confesiones. Lo estábamos haciendo al cincuenta por cien, pero todavía está vivo... Aún no eres viuda.

—No lo quiero. Me iré sola.

—Sí, Muriel, vas a hacer un viaje sola.

Lo dijo con voz muy ronca y Muriel agrandó los ojos, porque comprendió el significado de aquellas palabras.

—Leo, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Tú lo sabes ya.

—No, no quiero que me mates... No tienes ningún derecho.

—He de hacerlo, nena.

—No puedes quitar la vida a un ser humano.

—Estúpida, sabes que estoy acostumbrado a eso. He quitado la vida a muchos seres humanos, tipos que me estorbaban. En Argelia maté a docenas y luego seguí matando. Muchas veces han sido ellos los culpables.

Muriel se había acercado a su bolso, que estaba sobre la mesilla de noche. Lo abrió con mucha prisa y sacó una pequeña pistola de nácar.

Pero los dos marineros de Leo tenían ya las arma; en la mano.

En el camarote se produjo un estruendo.

Muriel pareció perder la cabeza. Dos proyectiles la habían atrapado por el frágil cuello.

Falló el disparo que había dirigido contra Ruillet, Hínque hizo blanco en el ojo derecho de uno de los marineros.

Lógicamente allí debía haber terminado el tiroteo, pero una nueva arma se había sumado a las que ejecutaban la macabra sinfonía.

Desde el suelo, Marcel tumbó al marinero que quedaba en pie y luego apuntó a Ruillet.

—Hola, Edgar.

—Baje esa pistola, señor Bloch.

—Sólo la bajaré cuando te haya entregado a la policía.

—No sea estúpido. A partir de ahora va a trabajar a mis órdenes...

—No, Edgar, eres tú quien va a trabajar a las órdenes de otra persona, las del verdugo.

En aquel momento se oyeron silbidos y rápidas carreras por

cubierta.

Poco después, en el hueco del camarote apareció el inspector Forestier con una pistola en la mano. Echó una mirada a los cadáveres que había en el suelo y frunció el ceño mirando a Marcel.

—Espero que deje ya de hacer de las suyas, señor Bloch.

* * *

Marcel Bloch se iba a despojar del batín. Tenía sueño. Necesitaba descansar después de los sucesos que había protagonizado durante las últimas horas.

La puerta se abrió de repente y entró Yvonne.

—Eh, nena, ¿es que siempre has de llegar así?

—Marcel, sólo se me ocurre una idea para que no te sorprenda.

—¿Cuál?

—Pídeme que sea tu esposa.

—¿Y qué voy a ganar yo con ello?

—¿Tú qué crees?

Marcel la midió de pies a cabeza.

—Bueno, siempre oí decir que el matrimonio en un riesgo menor que se debe correr y, tratándose de que valdrá la pena.

Marcel atrapó a Yvonne por la cintura.

Sus bocas se juntaron.

Llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Marcel, apartándose de Yvonne.

Oyó la voz de René, el botones:

—Señor Bloch, ocasión única para los amigos, pelirrojo de figura impresionante, noventa y tres de busto...

René dejó ver la cabeza, pero tuvo que retirarse rápidamente al ver que un florero viajaba hacia el lugar impulsado por una rubia.

Ya fuera del apartamento, el botones dio un suspiro, sacó un cuaderno de notas y borró con u al huésped de la habitación 124.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).